

RELATOS
**POR DEBAJO
DEL AGUA**



Cultura del Agua

Es un proceso continuo de producción, actualización y transformación individual y colectiva de valores, creencias, percepciones, conocimientos, tradiciones, aptitudes, actitudes y conductas en relación con el agua en la vida cotidiana (1).

(1) La presente definición se elaboró en 2009 en conjunto por el IMTA y Conagua, tomando en cuenta elementos propuestos anteriormente por investigadores como Clara Lev Levi y Ramón Vargas, la Asociación Nacional de Cultura del Agua durante el VI Encuentro Cultura del Agua (2009) y el “Seminario internacional de educación ambiental de Belgrado (1975).

Editorial

Dentro de esta recopilación se encuentra una pequeña parte de la historia del agua en San Luis Potosí, si bien es cierto que la ciudad ha atravesado por momentos difíciles como sequías e inundaciones, el agua siempre ha sido importante para los potosinos.

A lo largo del tiempo se han realizado una serie de construcciones benéficas para nuestra ciudad donde se involucra principalmente el recurso hídrico; en esta compilación se integra la historia de construcciones de grandes obras que han ayudado al desarrollo de la capital dentro del sector agua.

Todos en algún momento hemos escuchado anécdotas contadas por nuestros antepasados sobre como antes las personas acudían a buscar agua a pozos o a monumentos como la Caja del Agua, aquí encontraremos parte importante de la historia y de cómo se ha ido transformando la llegada del agua a nuestros hogares.

Interapas se enorgullece en presentar esta compilación de tres tomos de “Por debajo del agua”, recopilada por Eduardo López Cruz, que la convierte en una investigación sobre los acontecimientos más importantes dentro del sector agua desde la fundación de la ciudad hasta la actualidad.



ING. HÉCTOR EDUARDO GARCÍA CASTILLO
DIRECTOR GENERAL

Las andanzas del autor

En el periodismo:

Eduardo López Cruz se inició como reportero en 1986 en el Heraldo de San Luis; de esa fecha y hasta 1992, trabajó sucesivamente en el Sol de San Luis, semanario Tribuna, periódico Momento; otra temporada en El Heraldo; colaboró en el noticiero “8 A.M.”, conducido por Eduardo Alvarado (Canal 9) y luego fue reportero fundador del periódico San Luis Hoy, del que fue Jefe de Información hasta 1999.

Ha colaborado en la televisión local como comentarista del programa “Quisquillas del lenguaje” (hoy transformado en “Lengua Larga”, en Canal 13) y en el programa “Concepto 7”, con cápsulas sobre el origen de las palabras y los apellidos. Y en la emisión de “Atención Ciudadana”, haciendo la reseña de las calles y las plazas de San Luis Potosí (ambos programas, en Canal 7).

En 2003, Jefe de Redacción del proyecto Milenio San Luis. Ese mismo año, Jefe de Redacción de la revista Librevía.

En la docencia:

Entre 1987 y 1988 fue maestro de español, ortografía e inglés en distintos planteles privados; profesor de italiano en el Centro de Idiomas de la UASLP.

Reconocimientos recibidos:

1993. Premio Estatal de Periodismo Víctor Monjarás, en caricatura.
1995. Premio Estatal de Periodismo Juan Sarabia, en entrevista.
1997. Obtiene los Premios Estatales de Periodismo Francisco Martínez de la Vega, en artículo de fondo y Filomeno Mata, en crónica.
2000. Premio Estatal de Periodismo Jesús Silva Herzog, en noticia.
2006. Premio Estatal de Periodismo Jesús Silva Herzog, en noticia.
2008. Obtiene los Premios Estatales de Periodismo Francisco de la Maza, en difusión cultural; Francisco Martínez de la Vega, en artículo de fondo y Cuauhtémoc Bustos, en crónica deportiva.

Publicación de libros:

2004. Publicó Lengua Larga, diccionario etimológico del lenguaje popular mexicano.
2011. Publicó Historias de la comida y la bebida popular en San Luis.

TOMO I



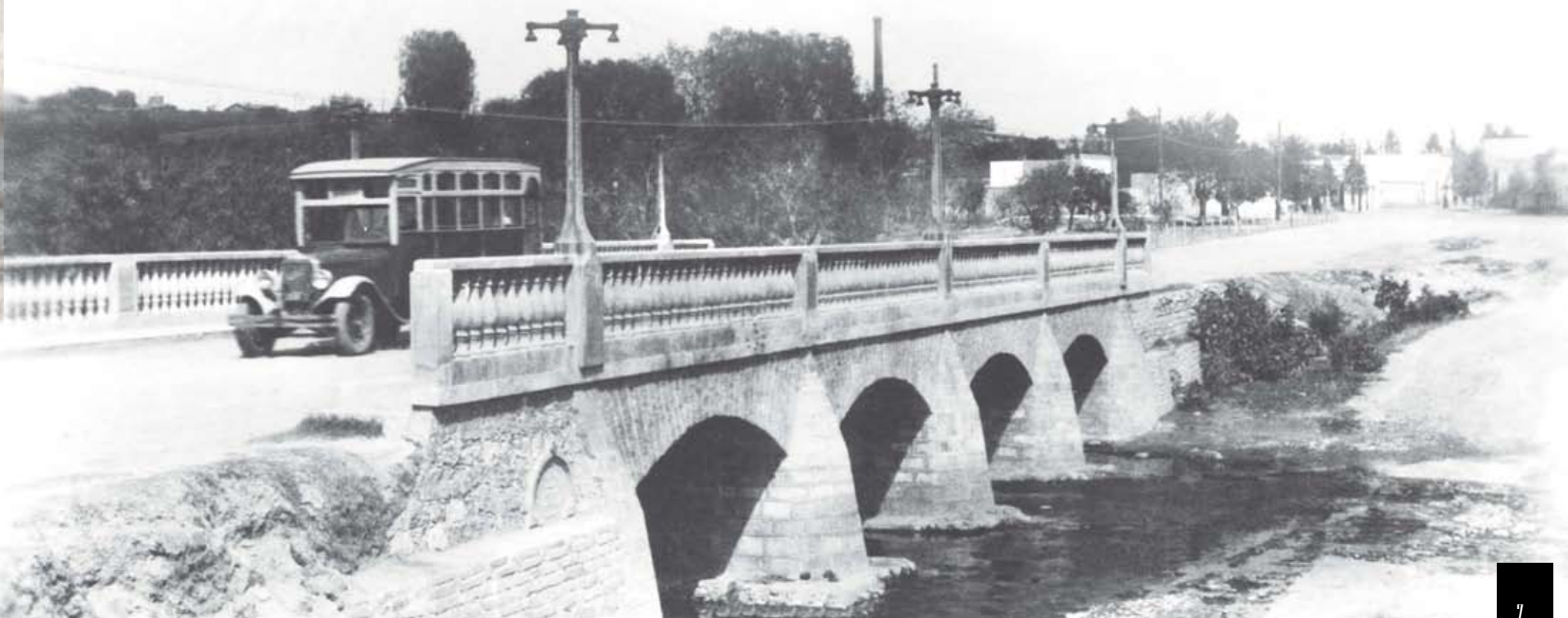
TOMO I

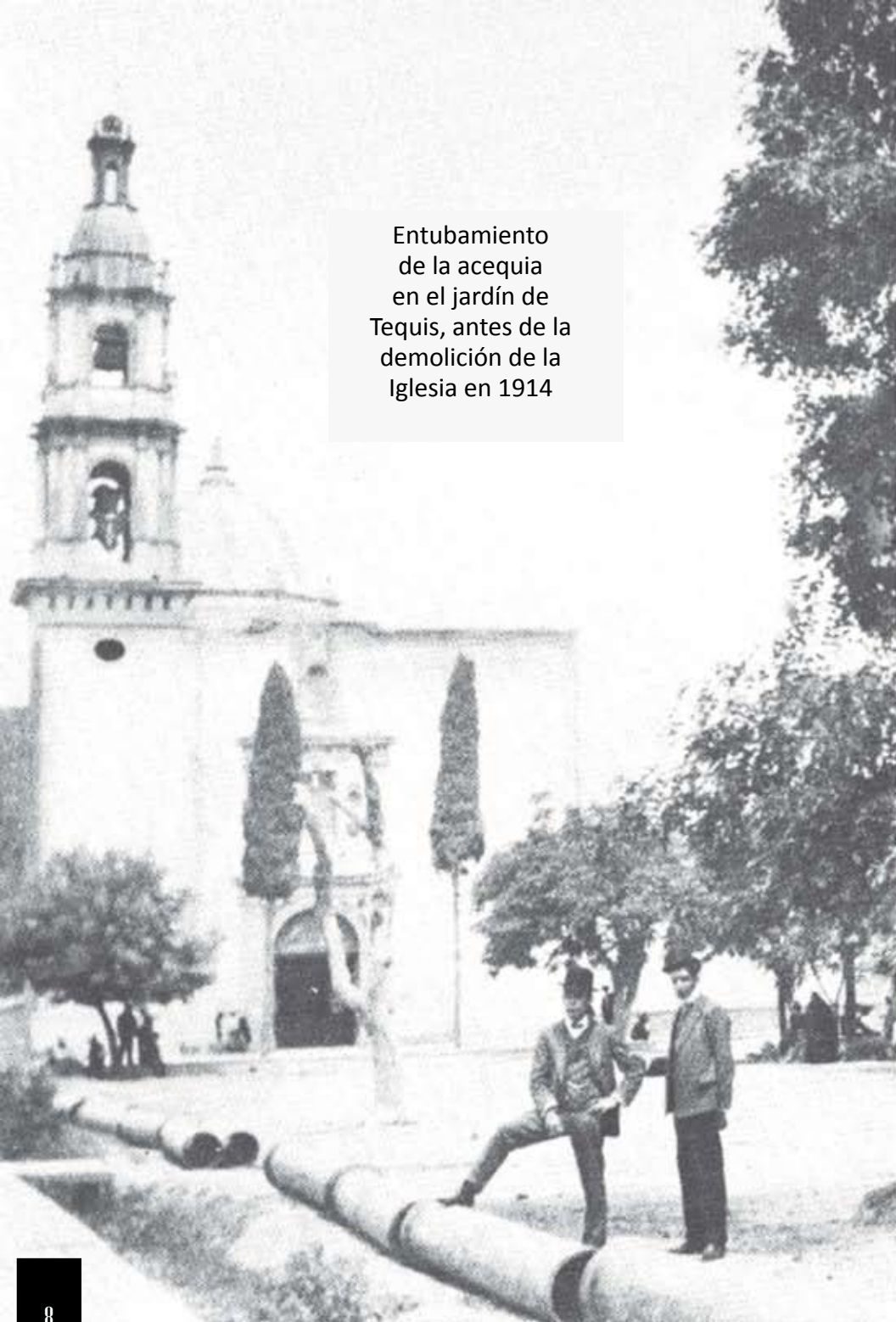


El agua en la capital potosina ha sido –por decirlo de alguna manera ejemplar- un recurso *extremo*: desde su fundación, nuestra ciudad ha sufrido los rigores de las tormentas y prolongadas sequías.

En ese péndulo entra la abundancia y la escasez, los potosinos han aprendido a temer y anhelar ese líquido indispensable para la vida, pero que también ha sido el personaje principal de tragedias causadas por inundaciones, como aquella que la noche del 15 de septiembre de 1933 sufrieron los vecinos de los barrios de Santiago y Tlaxcala.

Mientras muchos potosinos daban el *grito* en la Plaza de Armas, la Presa San José descargaba sus excedentes





Entubamiento
de la acequia
en el jardín de
Tequis, antes de la
demolición de la
Iglesia en 1914

sobre el Río Santiago se perdieron vidas y propiedades. El agua –tan preciada- mostraba su otro rostro, siniestro e implacable.

Y lo hizo muchas otras veces.

Fue necesario que la sociedad, a través de instituciones gubernamentales, se organizara, planificara, previera.

Poco más de la media centuria: 60 años tuvieron que pasar para que surgiera el Organismo Operador del agua potable con sistemas de calidad y una visión que integra la tecnología con sentido humano. Así surge Interapas.

El servicio de agua potable para la población es históricamente un reto, un constante impulso que con frecuencia es equivalente a nadar *contra la corriente*.

El desafío es lograr las metas del servicio, juntos -Interapas y sociedad- propiciando una cultura de cuidado y consumo responsable; con la mirada puesta en el futuro, reconociendo las dificultades de nuestro pasado.

Por debajo del agua, relatos es un acercamiento narrativo del periodista Eduardo López Cruz a los puntos esenciales en torno a la historia en San Luis de ese recurso natural de tan solo cuatro letras, se basa la existencia de toda la sociedad humana: el *agua*.



Fuente y obelisco
de la Plaza de
Armas, siglo XIX

Agua y oro

Sólo nueve años después de la fundación de la ciudad, la fuerza de la naturaleza —representada en uno de sus elementos más potentes: el agua— dio muestras de quién mandaba en estas tierras.

San Luis Potosí había nacido en 1592 y en 1601 sufrió su primera inundación, de la que se da cuenta en un documento de aquel año: “Como es notorio en este pueblo, ha habido temeraria tormenta y crecida de agua, donde ha habido grandes peligros tanto de vidas como de haciendas”.

Era San Luis, sí, “Lugar de gua y oro”, pero no como se indica equivocadamente en la supuesta etimología, de la palabra *Tangamanga*, nombre que nunca tuvo esta región y que en cambio, es la forma en la que indígenas tarascos llamaron a un cerro mineral en San Pedro.

Tangamanga es una palabra purépecha que significa *lugar rodeado de palos enhiestos*; es decir una empalizada, una cerca de palos con los que seguramente se demarcó la propiedad de aquellas minas en San Pedro y bautizadas así por los esclavos tarascos que llegaron de Michoacán a trabajar el mineral potosino.

Pero la abundancia de estos caudales, el agua y los minerales, en poco tiempo estarían enfrentados en una pugna que ganaron el oro y la plata; el agua de la ciudad se fue perdiendo, sacrificada en las muchas *haciendas de beneficio* en donde el líquido era indispensable para obtener los metales preciosos.

Tranvía de mulitas
sobre el puente del
Río Santiago



Los puntos donde nació esta ciudad –la hoy Plaza de los Fundadores y la Plaza de Armas- eran dos de los numerosos ojos de agua que hacían del pueblo un lugar propicio para las huertas.

Cuesta trabajo pensar que en la plaza principal de nuestra capital haya existido una laguna, *Los ojos del agua del Rey*, en donde alguna vez navegaron canoas; según consta en otro documento de los primeros años de esta ciudad, en donde se relata la disputa entre dos sujetos a bordo de sus respectivas lanchas, en medio de lo que ahora es nuestra emblemática plaza principal.

Al norte: El Río Santiago dominaba el panorama con su afluencia impetuosa.

Al sur: El Río Españita, y en puntos intermedios que cercaban la aún pequeña ciudad se encontraban *La Ciene-ga o Charco Verde* (que conserva éste último nombre y formaba parte de *La Corriente* que corría de sur a noroeste) y *La Corriente de San Miguelito* (que era parte de los afluentes que bajaban de *La Cañada del Lobo*, tenían escala en *Los Charcos de Santa Ana* –hoy Jardines del Estadio- y cuyas aguas broncas crecían y azotaban la ciudad cada vez que llovía con cierta fuerza).

Al este: Abundaban los pozos y el agua fresca y superficial en la villa fresca de Tequisquiapan (cuyo nombre significa en náhuatl, *tequisquitl*, tequesquite, y *apan*, río; es decir, río del *tequesquite*, una especie de salitre que alguna vez se utilizó para condimentar alimentos). Desde ahí, aunque en cantidades insuficientes para garantizar el abasto, llegaba agua al centro, por lo que al principal pozo de *Tequis* llegó a llamarse popularmente alberca de la ciudad.

Al oeste: Desde los *Llanos de Panzacola* (hoy colonia *El Paseo*) hasta la huerta de los Carmelitas (hoy Alameda) el agua fluía y bañaban los huertos; tal era dicha abundancia, que en tiempo de lluvias *La Lagunita* (hoy Plaza del Mariachi y Plaza del Bicentenario) se desbordaba hasta encharcar la plaza principal.

En su libro *Historia de San Luis Potosí* (1910) Manuel Muro habla de cómo las mulas, los aguadores, verduleros y vagos que gustaban de jugar con ella, acabaron con el agua de la plaza. Cobró entonces un aspecto deprimente y pútrido. No fue sino hasta 1827 -cuando se construyó ahí una fuente y el obelisco conmemorativo de la Independencia- que la plaza cobró cierta dignidad.

Este decoro, sin embargo, no contribuyó al orden en la disputa por el agua de la plaza. Muro escribe: “Había observado (en 19827, el gobernador Ildefonso Díaz de León) que el vecindario carecía del indispensable elemento del agua, que solamente en la parte oeste de la ciudad había pozos que dieran agua potable, que de uno de ellos que era llamado *alberca de la ciudad* venía una cantidad insignificante para la fuente de la plaza principal, en la que ocurrían con frecuencia disgustos y riñas entre criados y aguadores disputándose el escaso elemento, que la mayor parte de los vecinos se surtían para beber del pozo de La Tercera Orden (Plaza de San Francisco) o de las Magdalenas (actualmente, primera calle de Los Bravo)”.

Para los demás usos domésticos –agrega Muro- “había que emplear la de pozos de agua salada o la de los charcos que en la estación de lluvias se formaban en algunos puntos orillados de la ciudad”.

La primera gran obra hidráulica: La Corriente

En 1688, como había ya ocurrido en 1601, una tormenta azotó la capital potosina. Eran ya demasiados sustos, muchas las preocupaciones de que la ciudad estuviera sometida al arbitrio de las lluvias y las aguas broncas que con cada aguacero bajaban de la sierra de San Miguelito, al sur, y de que al norte amenazara constante el desbordamiento del Río Santiago.

Fue así que el oficial mayor de la Alcaldía, Diego de Acevedo planteó al alcalde Bernardo Iñiguez del Bayo una obra que en algo aminorará los riesgos de inundación en la capital potosina.

El proyecto se llamó *La Zanja* y era en efecto un colector pluvial que pretendió -y en buena medida lo consiguió- dar cauce al agua que de sur a norte abatía San Luis cada que un chubasco tenía la ocurrencia de empapar a este pueblo minero.

La obra tenía mil 600 metros de largo; 5 de ancho y 2 de profundidad, corría de sur a noreste y se complementaba con otra menos celebre y sin embargo igual de útil: *La Zanja de los Tepetates*, que ponía freno a la llamada *Corriente de San Miguelito*. Esta se alimentaba de los afluentes que provenían de la Cañada del Lobo y, cuando crecía terminaba bañando las espaldas del convento de *La Merced* (hoy mercado Tangamanga) y se estancaba en la calle de Morelos (antiguamente *Arenal*, que en su nombre llevaba aquella idea de incómoda playa suburbana).



**La Corriente, hoy
Avenida Reforma**



La *Zanja* principal o *La Corriente* (como finalmente la población prefirió llamarla) se iniciaba en los *Charcos de Santa Ana* (hoy viejo estadio de fútbol Plan de San Luis) y su recorrido culminaba en los llanos de *La Tinaja* (hoy patios del ferrocarril, frente a la Avenida 20 de noviembre).

En su trayecto cruzaba la añeja *Ciénega* que aparece ya en los primeros mapas de San Luis y que muy pronto también se llamó *Charco Verde*, nombre que conserva en la actualidad el edificio de la Policía Preventiva Municipal, establecida ahí bajo otro nombre, pero con los mismos fines de reclusión temporal en 1905.

Aunque los potosinos no dejaron de llamar como tal a *La Corriente* —sino hasta la década de los 40 del siglo XX, cuando se adoquinó— desde 1914 lleva el nombre de Avenida de la Reforma o simplemente *Reforma*, como se le conoce en la actualidad.

El paso del tiempo hizo obsoleta aquella obra del siglo XVII y no sería sino hasta el siglo XX (300 años después nada más) que el gobierno de Saturnino Cedillo (1927-1933) comenzaría con obras de alcantarillado tanto en Reforma como en otros puntos de la ciudad, mientras que el mandato de Gonzalo N. Santos (1943-1949) trajo más desarrollo urbano y obras como el adoquinado de la conocida *Corriente Seca*.

Entre 1994 y 1995 el gobierno de Horacio Sánchez Unzueta inició y culminó una obra poco vistosa, pero innegable ayuda contra las inundaciones crónicas de este sector ciudadano: el colector pluvial Reforma que —como lo proyectaron en 1688 los visionarios Acevedo y Del Bayo— cubría el trayecto de la vieja corriente, ahora de la Avenida 20 de noviembre hasta la colonia Jardines del Estadio.



Inundación de 1933,
Carranza y Uresti

Puente sobre La Corriente,
Reforma y Arista





La Corriente, y, al fondo,
el desaparecido edificio
de El Charco Verde

¡Aguas con la Llorona!

Luisa —que así se llamaba aquella moza— había llegado a San Luis, proveniente de Charcas. Le precedía una reputación que para aquellos años del siglo XVII era *mala*: tenía dos hijos fuera del matrimonio. Según las malas lenguas —que han existido en todos los tiempos— Luisa había sostenido amoríos con un joven militar que finalmente perdió interés en ella. El resultado de los lances pasionales de Luisa habían sido dos niños.

Aquella madre soltera, silenciosa y protectora tanto de sus hijos como de su privacidad. Había elegido un día soleado para llevar a sus niños a lo que fue la *Alameda Bracamontes* (una tupida arboleda que existió en lo que es el cruce de la avenida Carranza, Uresti y Reforma). El clima cambió drásticamente, de un cielo soleado a uno encapotado por nubes que en cuestión de minutos descargaron su furia sobre la ciudad. Así que Luisa tomó a sus hijos para ponerse a salvo de la tormenta.

Buscó saltar cada vez más la impetuosa corriente y el esfuerzo provocó que uno de los hijos se soltara de su mano y cayera al agua. Desesperada, soltó al otro y ambos finalmente se perdieron, arrastrados por el agua.

Fue en vano buscarlos. Luisa buscó a sus hijos por Santiago, por los *Charcos de Santa Anna* y fue allá donde días después aparecieron sus cuerpos. Desde entonces, envuelta en una túnica blanca y con el rostro desencajado de una loca, vagaba por los alrededores de la corriente. Por eso, la gente la llamo *La Llorona*, como aquella leyenda que en muchos pueblos hablaba de un espectro gritando por las noches *¡Ay, mis hijos!*

Reforma y Uresti, antigua
Estación de los Tranvías



"Potosinos surtiéndose en la
Caja del Agua"



Una joya para conservar el agua

La segunda gran obra de ingeniería hidráulica del San Luis del siglo XIX fue sin duda *La Caja del Agua*, también conocida como *La Conservera*; involuntario pero cierto emblema de la ciudad labrado en cantera de transición estética entre el barroco y el neoclásico que venía abriéndose paso en el escenario de la arquitectura civil de la época.

Aunque su proyección fue un acierto en ese sentido, no fue por caprichos estéticos que en 1827 el gobernado Idelfonso Díaz de León encargó al arquitecto y médico Juan N. Sanabria un sistema de abastecimiento hidráulico para la ciudad, que estaba urgida de agua y la necesitaba ya.

El médico Sanabria miró hacia el sur de la ciudad y específicamente puso los ojos en el declive natural de la Cañada del Lobo, en la Sierra de San Miguelito, que tantos apuros hacía pasar a San Luis en tiempos de lluvias.

De inmediato, Sanabria puso manos a la obra y proyecto una obra dividida en tres partes.

1. Costo de los tajos y receptáculos de la misma cañada.
2. Cañería hasta una caja repartidora (que habría de ser la célebre *Caja del Agua*) y ...
3. Prolongación de esta cañería hasta la plaza principal y ramales para las de San Francisco, la Compañía (Fundadores) y San Juan de Dios.

ria contaron con el apoyo económico de Manuel María de Gorriño y Arduengo, quien hizo un préstamo (que terminó en donación) de 4 mil pesos.

Había lo necesario: visión, proyección, voluntad y dinero. Lo que no era sencillo obtener en aquellos días era estabilidad política y fue así que el diputado Vicente Romero la emprendió contra el gobernador Díaz de León y logró que el Congreso Local lo inhabilitara en el cargo por considerarlo *víctima de locura senil*.

La obra —ni apenas iniciada— se propuso hasta 1830 año en que la retomó el gobernador José Guadalupe de los Reyes para ponerla a cargo de Juan N. Sarabia.

Finalmente concluidas las fuentes del Santuario (la que aún existe en la explanada del templo y la que se encuentra frente a los arcos del jardín de niños La Paloma) y lista ya *La Caja*, el gobernador anunció el evento a las autoridades municipales, *personas privadas* (es decir, notables de la sociedad en esos días) y autoridades religiosas para que los acompañaran a la inauguración de la esperada obra.

El historiador Manuel Muro refiere que el 27 de noviembre de 1831 la comitiva partió de Palacio de Gobierno rumbo al Santuario, la calzada lucía a álamos a ambos costados y la cañería habría de tenderse y extenderse hasta la plaza principal, San Francisco y San Juan de Dios.

La obra tuvo un costo de 54 mil 63 pesos y ni Gorriño y Arduengo cobró su préstamo (lo que hizo voluntariamente, a pesar de que se le daban en rédito 10 mil de los 4 mil pesos de inicio) ni Sanabria hizo lo propio con su trabajo y en cambio recibió –además de halagos y cumplidos- una medalla de oro que en el anverso decía: “Al C. Juan N. Sanabria, el Ayuntamiento de 1831. San Luis Potosí” y en el reverso: “Por su filantropía, trabajando gratuitamente para surtir de agua a la ciudad”.

Por añadidura, el gobernador de Los Reyes obsequió a Sanabria un estuche de medicina, dos libros de ingeniería de autores *modernos* y un diploma honorífico.

Aguas frescas para el brindis

Aquel día Guadalupe de los Reyes abrió las llaves de las fuentes del Santuario y estallaron los repiques de campana, los cohetes y la música. En el mismo Santuario se prepararon los refrescos con el primer chorro de agua que brotó de la fuente principal y el reverendo padre de La Merced bendijo tanto las fuentes como los árboles sembrados en la calzada, que eran álamos (dicho sea de paso, fue en 1924 que el gobernador Aurelio Manrique ordenó sembrar las palmeras que ahora bordan el camino al Santuario) y la fiesta culminó con un *Te-deum* cantado en la dicha basílica.



El ayuntamiento colocó en un punto visible de *La Caja o Conservera* la siguiente inscripción: “El xmo. Señor Lic. D. Ildefonso Díaz de León dispuso traer agua de la Cañada del Lobo e inició los trabajos”.

“El señor Dr. D. Manuel M. Gorriño y Arduengo donó 4 mil pesos para continuarlos”.

“El xmo. Sr. Lic. D. J. Guadalupe de los Reyes les dio feliz término, construyó las fuentes y formó la Alameda”.

“El Sr. Ingeniero Doctor. D. Juan N. Sanabria dirigió toda la obra gratuitamente”.

El regreso del villano

Bien poco duró aquella placa de piedra porque en 1832 regresó Vicente Romero al gobierno y su primer orden fue quitar inmediatamente aquella inscripción que le recordaba a sus odiados Díaz de León y De los Reyes, lo que explica que la actual que está a la vista a un costado de *La Caja* no coincida con la fecha exacta de la inauguración, pues se refiere al empedrado de la calzada.

Tampoco está claro si Sanabria fue —como responsable total de la obra— el autor del diseño o si, como algunos mencionan, fue trazo del dibujante José María Guerrero Solachi.



El triunfo del espíritu

La presa de San José

Menos tortuoso es el camino que lleva a la presa San José que los 63 años que tardó en inaugurarse desde que en 1928 se promoviera su construcción.

De aquel año a 1903 fueron y vinieron proyectos, presupuestos, comisiones y hasta manifiestos de personajes como Ponciano Arriga quien el 23 de noviembre de 1843 publicó el texto **una presa para el progreso ¡¡¡Perderemos toda esperanza!!!** (sic) firmado también por Mariano Ávila, Juan María Balbotín y Manuel Escontría.

Pero los vaivenes políticos no eran los únicos que pesaban sobre el esperado proyecto. En 1869 el gobernador Carlos Tovar concedió el contrato de construcción al español Justo Aldea y el francés Amadeo Tiersault. Nunca la llevaron a cabo porque ambos murieron.

Muertos aquellos empresarios y moribundo el sueño, en 1875 la Comisión de Acueductos, Ornatos y Paseos del Ayuntamiento presentó un informe urgente sobre “las causas que provocan la sequía, la forma de provocar la lluvia, de tener depósitos varios y el surtimiento de aguas para todos los usos que demanda esta populosa ciudad”.

Las cosas, sin embargo, seguían igual. Nada pasaba.

En 1884 el gobierno aprobó el decreto para aprobar a Santiago Walstall y Allan C. Wylie el contrato para la entubación de agua potable en la ciudad.

Algo turbio habría en el asunto, pues Primo Feliciano Velázquez, director del periódico *El Estandarte*, se dedicó desde esa fecha y hasta 1889 a publicar una serie de artículos sobre –la cuestión del agua-, hasta que el 22 de junio de 1889 el gobernador Carlos Díez Gutiérrez firmó el contrato correspon-

diente con Benigno Arriaga, “para el abastecimiento y entubación de aguas potables a la ciudad de San Luis Potosí”.

La fatalidad, sin embargo, perseguía a la inexistente presa. En 1890 se concedió la obra a Santiago Walstall, representante de una empresa londinense que en breve se fue a la quiebra. Se le retiró el contrato en 1894.

Ese mismo año quienes tomaron la estafeta –ya para entonces muy manoseada- fueron Felipe Muriedas y Matías Hernández.

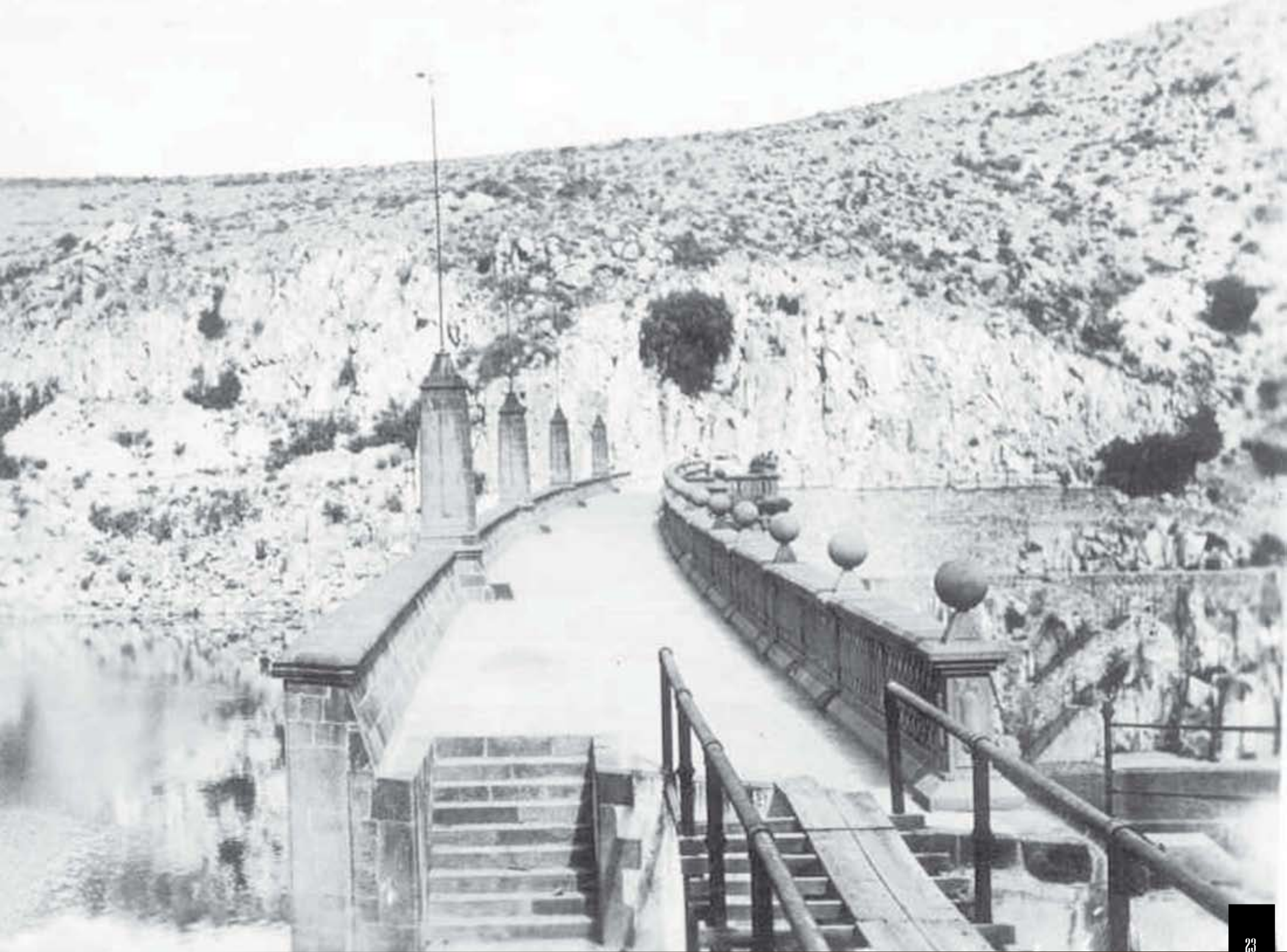
Ya casi

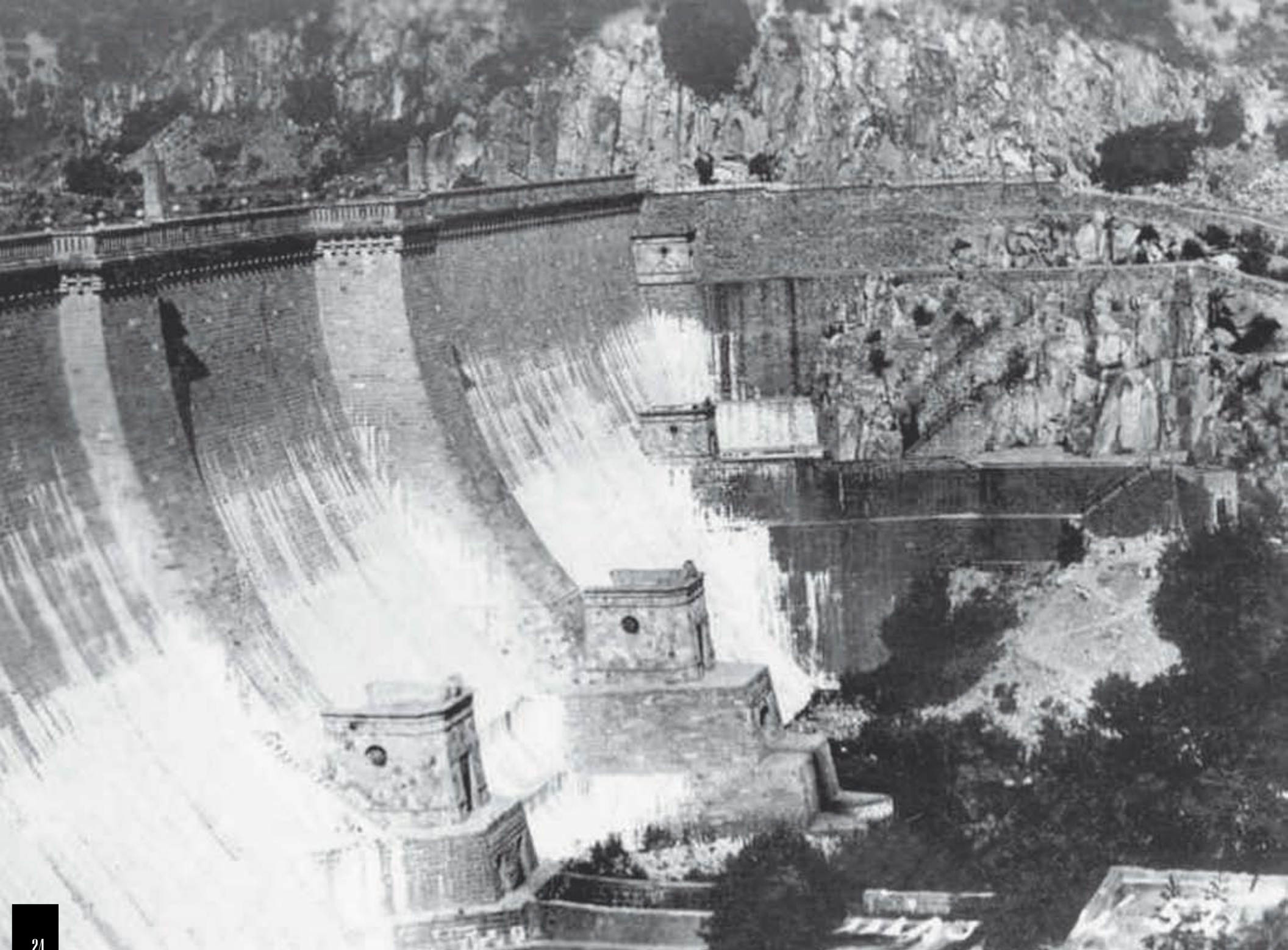
El 24 de julio de 1894, en medio del gran alboroto de la gente que acudió hasta el lugar, los responsables de la obra –el ingeniero Guillermo Reitter y Luis Barragán- colocaron *la primera piedra*, por decirlo así, de la hasta entonces presa fantasma.

Ese mismo año se formó la *Empresa de Aguas de la Ciudad*; al siguiente -1895- se adquirieron parte de los terrenos de la hacienda de *La Tenería* para sumarlos a la extensión de las obras relacionadas con la presa de San José.

¿No qué no?

El gobernador Blas Escontría informaba de los avances en la construcción y el 3 de septiembre de 1903, por fin, la presa se llenó a 23 metros de altura; un área de 859 mil 720 metros cuadrados de altura, 12 metros de ancho en la corona y más de 100 metros de largo. Una crónica de la época indica que –La Cortina, los cerros y las laderas, todo se llenó de gente ávida de *regustar* lo jamás visto que lo eterniza con la inscripción en una de las compuertas: **dominar las fuerzas de la tierra es un triunfo del espíritu humano**.











El aguador

La modernidad se llevó uno que sin duda fue el oficio más pintoresco de la sociedad virreinal y del siglo XIX: el aguador o *tortugo*, como se le llamaba por cargar a sus espaldas un voluminoso tinaco de barro (*el chochocol*) al que le hacía contrapeso el apaste, vasija también de barro, amplia, pero más pequeña.

El chochocol y el apaste iban sujetos a una faja de cuero que se apoyaba en la cabeza, a manera de *me-capal*, aunque con el paso del tiempo se impuso la traba de madera sostenida por los hombros y a cada extremo las tinajas con el requerido líquido del que se abastecían en las fuentes públicas y que en sus *entregos* (viajes para surtir la venta) llevaban a una clientela fija.

Sus servicios eran indispensables para una sociedad que sufría los rigores de no tener agua potable en casa. El *tortugo* era pues, el responsable de que las familias de la ciudad contarán con el agua que se destinaba lo mismo para preparar alimentos, que para la limpieza y el aseo personal.

Eran unos pelagatos

Y no por pertenecer a una clase humilde o por su aspecto *aindiado*. Si, calzaban huaraches, vestían camisa y calzón de manta, un sombrero ranche-ro para protegerse del sol, la faja de cuero que era instrumento de trabajo; pero también un morralito para desempeñar otra de las variadas funciones que se les asignaba: Una filosa cuchilla... para castrar gatos.

De esa forma –*pelando* al gato- la gente mantenía el control de la natalidad de los siempre retozones felinos. Así se explica la expresión que llegó a convertirse en insulto y que el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, con todo y su carga racista y de clase, define como: “persona insignificante o mediocre, sin posición social o económica”.

Nuestros aguadores eran pelagatos, sí, porque su trabajo lo requería; pero no eran en modo alguno “insignificantes”. Su condición de *freelancers* o empleados por cuenta propia, les facilitaba la oportunidad de elección. Trabajo no les faltaba, pues entre sus habilidades estaban también las de recadero confidencial (con frecuencia eran el *corre-ve-y-dile* en los amoríos subrepticios lo mismo de las criadas que de las decentes señoras de sociedad) o cargaban los santos en las festividades religiosas o eran los encargados de recomendar a nuevos sirvientes en las casas ricas, pues su discreción y eficacia les ganaba la confianza de patrones y cocineras convertidas en amas de casa y en funciones de vicepresidentas de aquellos hogares coloniales.

El aguador marcaba la vida de las familias y a veces la muerte, pues no era extraño que también se les dieran algunas monedas para enterrar a los difuntos.

Formaban, eso sí, parte de la aristocracia en las pulquerías; en donde despilfarraban lo ganado bebiendo *chinguirito* (mezcal barato) pulque (por supuesto) y todo ese tipo de póculo como en el San Luis del siglo XIX se llamó genéricamente a todo tipo de aguardiente de precio tan bajo como su calidad.

Si la borrachera los sorprendía no era esto motivo para no iniciar sus trajines apenas despuntaba la alborada, pues –para contrarrestar la *cruda*- se *abrigaban* el estómago con un nuevo farolazo de licor y con ello hacían la mañana.

La modernidad acabó con ellos, el servicio de agua potable por tubería y la aparición del agua *electropura* (la embotellada en la década de los años 30 del siglo XX) los extinguió poco a poco, de tal suerte que apenas algunos sobrevivían a finales de los años 40 del siglo XX.

Se fueron como se va el agua entre las manos.



**Estatua del Aguador, inaugurada en 2009,
obra del escultor Mario Luis Cuevas**

A grandes rasgos

La modernidad

1926: se inicia la construcción de la planta de Los Filtros.

1938: el gobierno del estado adquiere por compra las obras e instalaciones que constituyen el sistema de abastecimiento de aguas establecido por la Compañía Anónima de Aguas, que incluía la presa de San José y obras aledañas.

1941: se inaugura la planta de Los Filtros.

1977: el Ayuntamiento aprueba desincorporar la dirección de abastecimiento de agua y crear un organismo descentralizado denominado *Junta de Agua Potable*.

1984-85: pavimentación del Río Santiago.

1986: se aprueba la construcción de plantas tratadoras de aguas grises.

1987: propuesta municipal para crear un organismo operador para la solución del problema del agua potable, que abarque la conurbación con el vecino municipio de Soledad Diez Gutiérrez.

1992: se crea el Sistema de Agua Potable Alcantarillado y Saneamiento, *Siapas*. Se amplían y modernizan las instalaciones de la planta potabilizadora Los Filtros.

1994-1995: se construye el colector pluvial Reforma, que corre de la avenida 20 de noviembre a la colonia Jardines del Estadio, para evitar inundaciones, lo mismo que el colector del Río Españita, convertido en *parque lineal*.

1996: se crea el organismo descentralizado para la prestación del servicio público de Agua Potable; Alcantarillado y Saneamiento, *Interapas*, con la integración de los municipios de Soledad y Cerro de San Pedro.

2003: en el mes de septiembre inicia la construcción del acueducto norte, para dotar de agua proveniente de la planta potabilizadora Los Filtros a los vecinos de esa zona.

2007: en septiembre de este año Interapas inicia, en conjunto con la Comisión Nacional del Agua, la modernización de la planta potabilizadora Los Filtros —con el doble de capacidad— al potabilizar 480 litros de agua por segundo proveniente de la presa San José, El Peaje y la presa El Potosino. 200 mil habitantes de la ciudad habrían de beneficiarse.

2008: el Gobernador y el Director de Interapas, Francisco Muñiz Pereyra, ponen en funcionamiento la moderna planta potabilizadora Los Filtros. El 19 de septiembre de ese mismo año inicia la construcción de la presa *El Realito*, en los límites de los estados de San Luis Potosí y Guanajuato.

Construcción de la planta
potabilizadora Los Filtros, 1926



TOMO II



TOMO II

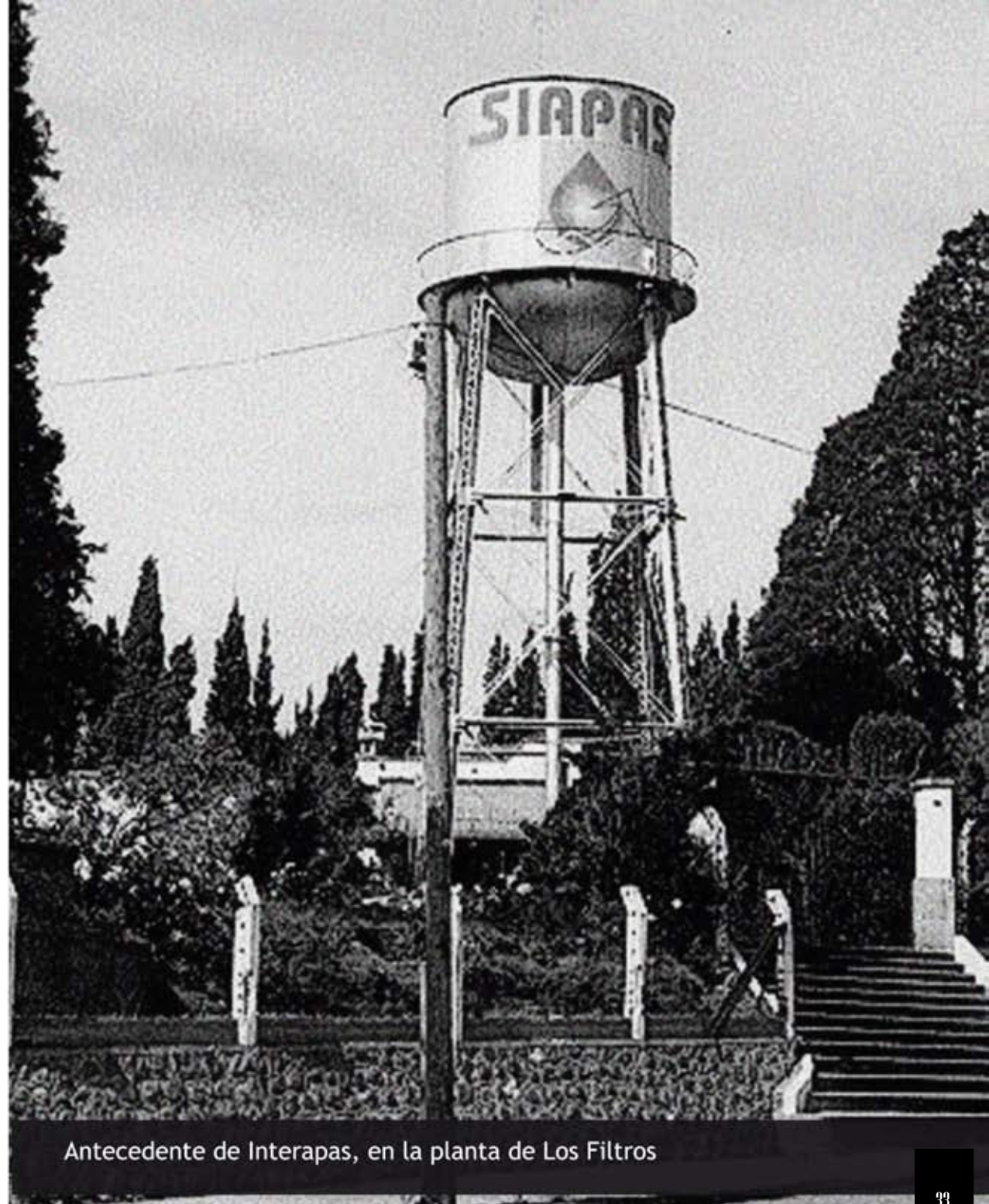


El agua en la capital potosina ha sido un recurso extremo; desde su fundación nuestra ciudad ha sufrido los rigores contrastantes de tormentas y prolongadas sequías. En ese péndulo entre la abundancia y la escasez los potosinos han aprendido a temer y anhelar ese líquido indispensable para la vida y que también ha sido el personaje principal de tragedias causadas por inundaciones, como aquella que la noche del 15 de septiembre de 1933 sufrieron los vecinos de los barrios de Santiago y Tlaxcala.

Mientras que muchos potosinos daban el *grito* en la Plaza de Armas, la presa San José descargaba sus excedentes en el Río Santiago. Se perdieron vidas y propiedades. El agua tan preciada mostraba su otro rostro, siniestro e implacable.

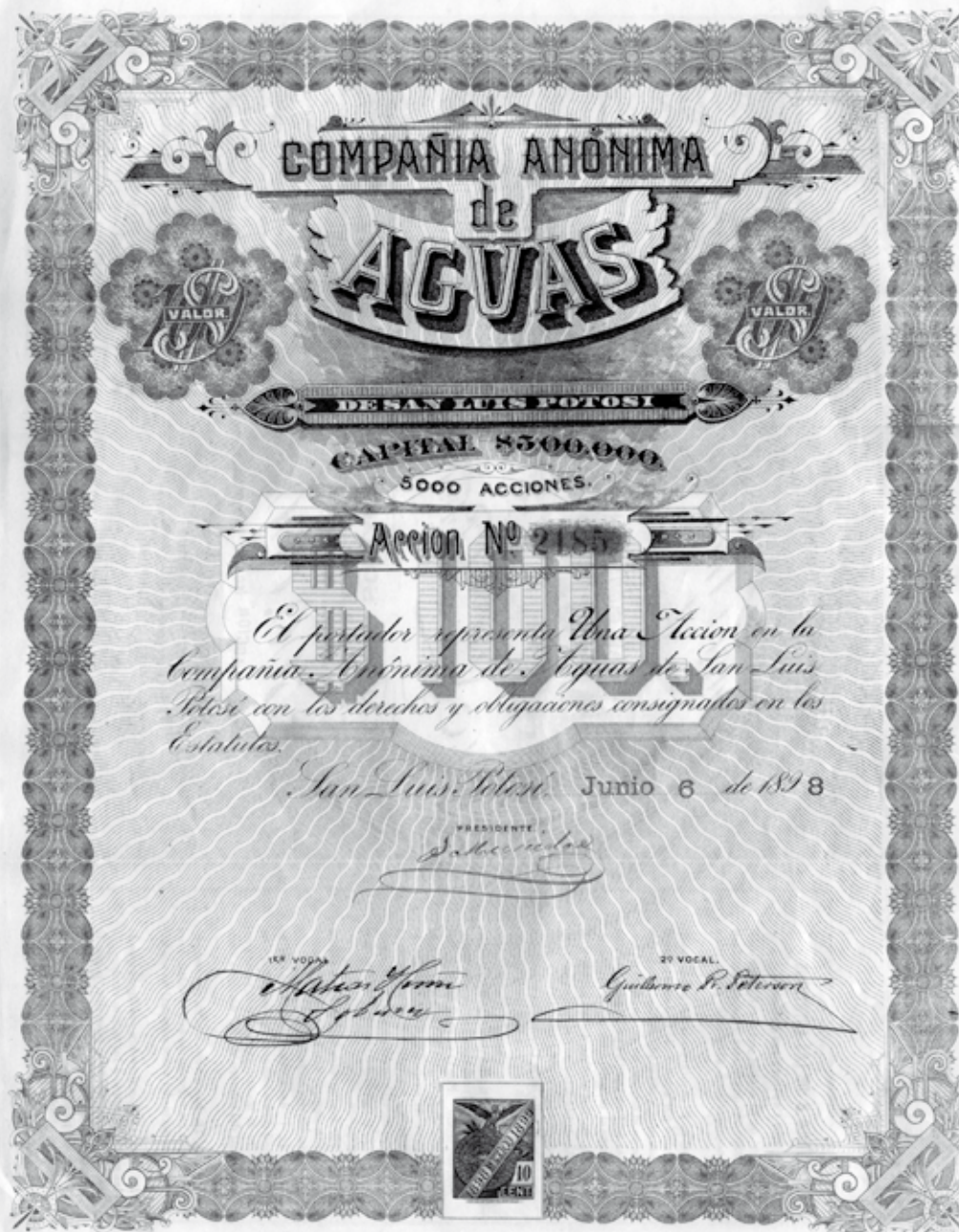
Fue necesario que la sociedad a través de instituciones gubernamentales, se organizara, planificara, previera. Varios años tuvieron que pasar -60, poco más de la media centuria- para que surgiera el organismo operador de agua potable que ahora, con sistemas de calidad y una visión que integra la tecnología con sentido humano, tiene nombre: Interapas.

Por debajo del agua, relatos es un acercamiento narrativo del periodista Eduardo López Cruz a los puntos esenciales en torno a la historia en San Luis de ese recurso natural de tan solo cuatro letras, sobre el cual se basa la existencia de toda sociedad humana: agua.



Antecedente de Interapas, en la planta de Los Filtros

Los Pioneros



Se sabe –por una causa criminal seguida en el asunto de dos indias asesinadas- que la hacienda La Tenería existía ya en 1615. Tan distante parecía de la ciudad (media lengua) que se le consideraba un *pueblo*. Dichos terrenos llegaron a ser tan vastos, que tendían desde donde actualmente es el Parque Tangamanga I; se ensanchaban hasta Tequisquiapan y alcanzaban Morales, conocido en aquel tiempo como Rancho de los Morales.

Mucho tiempo (dueños y renteros también) pasaron en la historia de esta que fue una hacienda en donde se curtían pieles, que eso era a los que se refería su nombre: *Tenería*.

Alonso Ruiz fue el primer propietario y heredó la finca a su nieta María Uresti y Bustamante, quien al morir la dejó a Juan Eusebio de Torres.

El 20 de julio de 1895 la Compañía Anónima de Aguas adquirió la propiedad con el fin de construir la Presa de La Constancia, antecedentes de la Presa de San José.

Los Pioneros

El 24 de junio de 1894 se publicó en el Periódico Oficial la formación de una *Empresa Anónima de Aguas* que el 13 de ese mismo mes y año firmó contrato con el secretario de Gobierno para la construcción

de una o más presas en la sierra de Escalerillas y la Cañada del Lobo. A la cabeza de los inversionistas estaban los empresarios españoles Felipe Muriedas y Matías Hernández Soberón, pero fue el 19 de noviembre de 1894 cuando la sociedad se constituyó formalmente ante el notario público Jesús Hernández Soto.

El Consejo de Administración estuvo formado por el ya mencionado Muriedas como presidente y primer vocal propietario; Hernández Soberón como segundo vocal propietario y el tercer vocal propietario, Antonio Delgado Rentería (también español) mientras que el comisario era el alemán Guillermo R. Peterson.

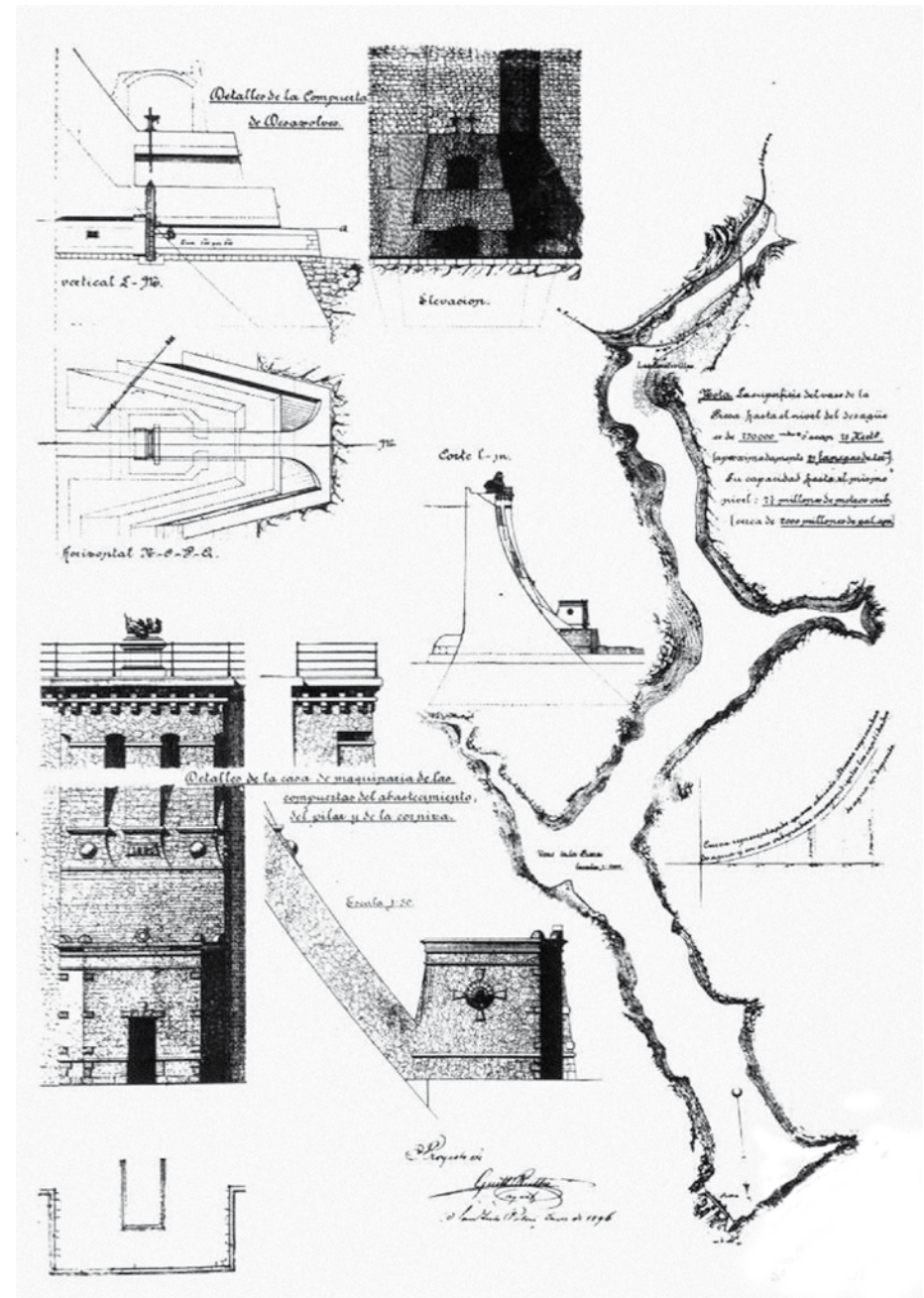
Esto fue posible gracias a un decreto que el 4 de junio de 1888 emitió el gobierno federal de Porfirio Díaz para reglamentar el uso de las aguas de la Nación y en donde se hacía exhorto a los particulares para que éstos invirtieran en obras de ingeniería hidráulica para uso público, riego y la industria.

Pero mientras que las leyes en materia de concesiones para la

explotación de aguas de 1888 y 1894 fijaban una exención de impuestos durante 20 años, la empresa de Muriedas y Hernández Soberón gozó en un principio del privilegio de no pagar impuestos durante 50 años, tanto al municipio como al gobierno.

Para fortalecer la sociedad, Muriedas y Hernández Soberón publicaron una carta en el periódico *El Estandarte* del 21 de junio de 1894; ahí llamaban a la población a invertir en acciones de dicha empresa. Estaba claro, sin embargo, que la población que podía adquirir acciones se limitaba a un muy definido grupo de hombres de capital que buscaban diversificar sus inversiones.

De acuerdo a la convocatoria de la Empresa Anónima de Aguas, las acciones unitarias tendrían un valor de 100 pesos y para facilitar la atracción de inversionistas se estipulaba que de esa cantidad habrían de pagarse 10 pesos al 30 de mayo de 1894 y los 90 pesos restantes tendrían que cubrirse en 18 mensualidades de 5 pesos por unidad.



Mapa de Cabrera para la construcción de la Presa San José



1900, escena
familiar en
La Tenería,
hoy parque
Tangamanga



Al término de junio ya se contaban 48 socios con mil 305 acciones de 2 mil disponibles y la venta del totalidad se alcanzó en sólo un mes. En julio de 1894 se realizó la primera asamblea general de la Compañía Anónima de Aguas y ahí mismo se registró a los propietarios de las 2 mil acciones, algunos de los cuales eran:

Con 100 acciones

Felipe Muriedas.

Matías Hernández Soberón.

Antonio Delgado Rentería.

Tomás Solana.

Gregorio de la Maza.

La compañía formada por Genaro Antonio y J.I. García.

Con 50 acciones cada uno

Carlos Díez Gutiérrez (gobernador del estado en ese momento).

Aresti y Compañía.

Juan H. Bahnsen y Compañía.

Irineo López.

Antonio M. Hernández.

Matilde Travanco, viuda de Hernández.

Con 30 acciones

Eduardo C. Pitman.

Con 20 acciones

Eusebio Quezada.

Ignacio Muriel.

Juan N. Mayo.

Ramón Othón.

Paulino F. Almanza.

Luis Hernández Ceballos.
Octaviano Cabrera.
Luis G. Cuevas.
Moisés Perogordo.
Ayuntamiento capitalino.

Con 15 acciones

Blas Escontría.

Con 10 acciones

Jesús E. Covarrubias.
Cabrera y Aguirre.
Gerardo y Eduardo Meade.
Mariano Taboada.
Manuel Gómez.
Alberto López Hermosa.

Con 5 acciones

Manuel Pereda.
José M. Grande.
Domingo Bueno.
Macedonio Gómez.
Juan P. Alcocer.
Jesús T. Bustamante.
Manuel Hernández Acevedo.
Alfonso Fernández.
José Magaldi.
Saturnino Muriel.
P.F. Espinosa.
Eugenio Aldecoa.

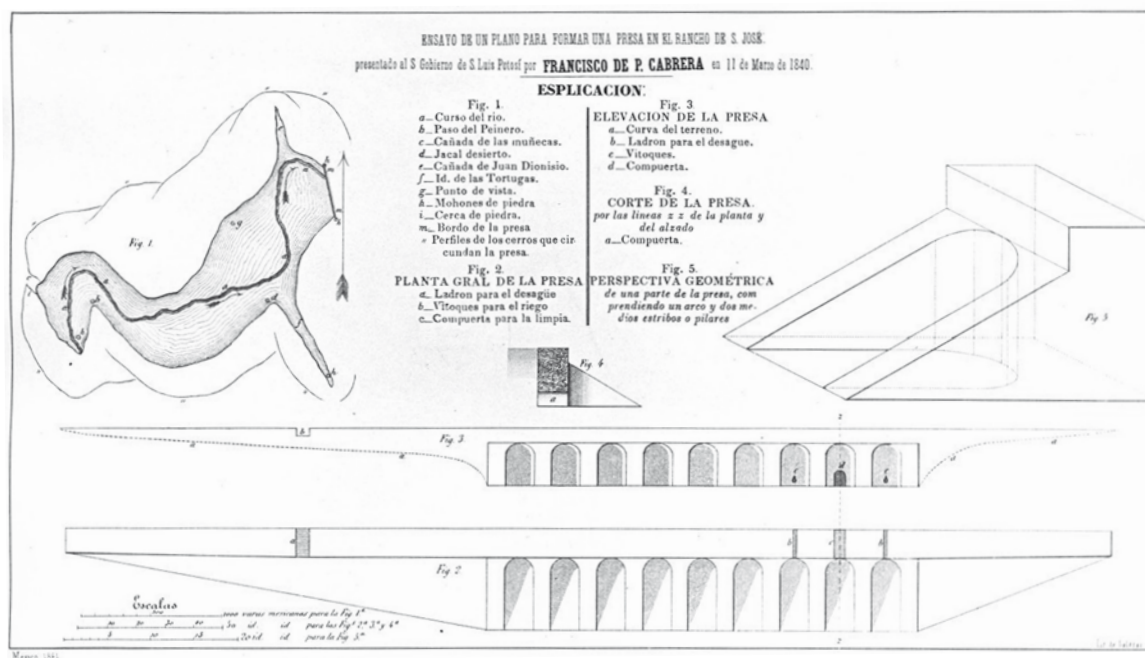
Con 2 acciones

José Peralta.
Joaquín Tamez.
Ramón Sánchez de la Vega.
José P. Berumen.
Julio de la Torre.

Muchos de los principales accionistas en la primera fase de la Empresa Anónima de Aguas eran ganaderos, mineros, hacendados y grandes propietarios de terrenos rurales y urbanos; europeos, la mayoría españoles, un par de alemanes (Banhsen y Petersen) y personajes de la elite política del estado (Carlos Díez Gutiérrez, Blas Escontría y Espinosa y Cuevas -por ejemplo, primos entre sí y en ese orden fueron gobernadores).

Introducción de la tubería para la construcción del Tangamanga en la vieja Tenerife





Felipe Muriedas era propietario de extensas huertas, hacendado (dueño de Laguna Seca, en Charcas, la Hacienda de Gogorrón, tres haciendas en Villa de Reyes, la Hacienda de Calderón y la Hacienda de Zavala) inversionista en obras públicas y de transporte. Formó parte del grupo de empresarios que hizo posible la llegada de las vías ferroviarias a San Luis en 1888. Un año después fundó el hospital de la Beneficencia Española. Fue regidor en varias administraciones municipales.

Matías Hernández Soberón, hacendado, banquero, propietario de terrenos urbanos, minero, industrial agrícola (fabricó en masa queso de tuna por primera vez) introdujo

el transporte público del tranvía de mulitas y más tarde, el eléctrico. Fue diputado y regidor del Ayuntamiento Capitalino, inversionista y constructor del cementerio del Saucito.

Antonio Delgado Rentería fue propietario de la -en su momento- famosa fábrica de cigarros y puros *La Fama*; propietario de extensos terrenos en San Juan de Guadalupe, fue regidor del Ayuntamiento de San Luis Potosí en 1894, año en el que se hizo la concesión del agua potable al capital privado.

Carlos Díez Gutiérrez, originario de Ciudad del Maíz, era descendiente de la familia

Barragán y los López Portillo que hicieron su riqueza en las minas de Real de Catorce. Fue gobernador del Estado de 1876 a 1898; con un intervalo de 1881 a 1885, año en que fue secretario de Estado y secretario de Gobernación en la ciudad de México. Fue quien extendió la concesión a la empresa de la que él mismo formó parte.

Blas Escontría, originario de Ciudad del Maíz, era primo de Carlos Díez Gutiérrez (y, en consecuencia, de los Barragán) tuvo también parentesco con los Perogordo. Fue ingeniero, hacendado y terrateniente. Fue presidente municipal y llegó a la Gubernatura del Estado a la muerte de Díez Gutiérrez.

Banhzen y Peterson eran originarios de Hamburgo, Alemania. El primero fue representante diplomático de su país en nuestro estado, obtuvo concesión federal para emitir papel moneda, el segundo fue cónsul interino de Alemania en San Luis Potosí.

Eduardo C. Pitman era inglés, emparentado con la familia Espinosa y Cuevas, empresario agrícola, minero e industrial en otros ramos.

Octaviano Cabrera, emparentado con la familia Ipiña, invertía en la industria de la construcción y las bebidas alcohólicas (fue socio mayoritario de la *Cervecería San Luis*, que perduró de 1888 a 1932). En 1905 obtuvo la concesión para ensanchar, alinear y prolongar las calles de la ciudad. Su familia fue una de las principales beneficiarias con las concesiones para la perforación de pozos.

Otros accionistas de la *Compañía Anónima de Aguas* fueron:

Moisés Perogordo, español, fue comisionista bancario y propietario de terrenos urbanos.

Jorge Unna, alemán, comerciante y fabricante de muebles.

Juan Káiser, suizo, comerciante y editor. Eduardo y Gerardo Meade, hacendados y mineros, su familia era originaria de Irlanda. Es significativo el origen de estos personajes, que se inserta perfectamente en el momen-

to histórico del porfirismo a nivel nacional y delinea para San Luis Potosí el perfil del –para entonces– nuevo empresario. Por primera vez queda claro el binomio Gobierno-Iniciativa Privada. Más aún, no hay distinción entre ambos sectores porque varios de estos personajes se movían sin frontera en los dos ámbitos.

Por otra parte, las condiciones climatológicas propiciaron el negocio del agua para esta marcada elite: en 1891 se inició una brutal sequía. Por la falta de lluvias descendió el agua de los pozos de manera alarmante. En 1892 estaban virtualmente secos y el periódico *El Estandarte* calificada la sequía como alarmante y espantosa. En agosto de ese año cayeron reglares aguaceros que alegraron momentáneamente a la población, pero en 1897 el gobernador Carlos Díez Gutiérrez informaba que San Luis era una de las entidades más dañadas por la sequía y la depreciación del peso mexicano. La agricultura y la minería estaban muy golpeadas.

Las obras de la Presa San José avanzaban y aunque poco faltaba para ello, no concluían. Un año antes de que esto ocurriera, el gobierno estatal otorgó una concesión a la compañía *Fogarty&Dickinson* para perforar dos pozos artesianos (o chinos, como se les conocía) en la plazuela de El Carmen y otro en San Miguelito, con una profundidad de 50 metros. Esta empresa, dedicada originalmente a la venta y distribución de maquinaria

agrícola, fue la primera en lograr tal profundidad en la excavación de un pozo. Lo habían ya intentado otros ingenieros (extranjeros todos) sin éxito. Aquellos pozos tuvieron utilidad durante medio siglo, pero en 1950 los clausuró el gobernador Ismael Salas porque ya estaban contaminados.

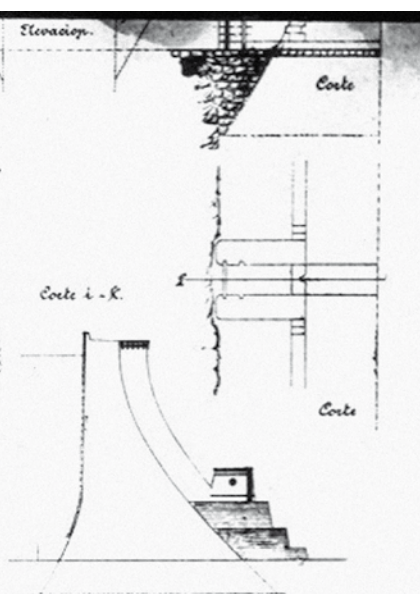
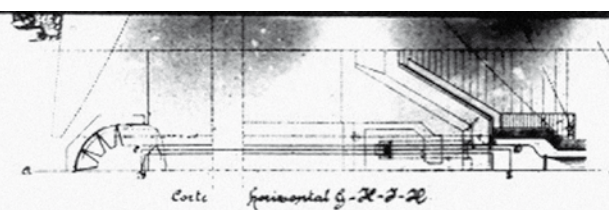
Por fin, el 3 de septiembre de 1903 se llenó por primera vez la presa. Aparentemente, el problema del abasto del agua estaba resuelto y sólo en parte tenía razón los potosinos para celebrar con júbilo aquel acontecimiento. Había otro problema: la calidad del agua.

Los Filtros

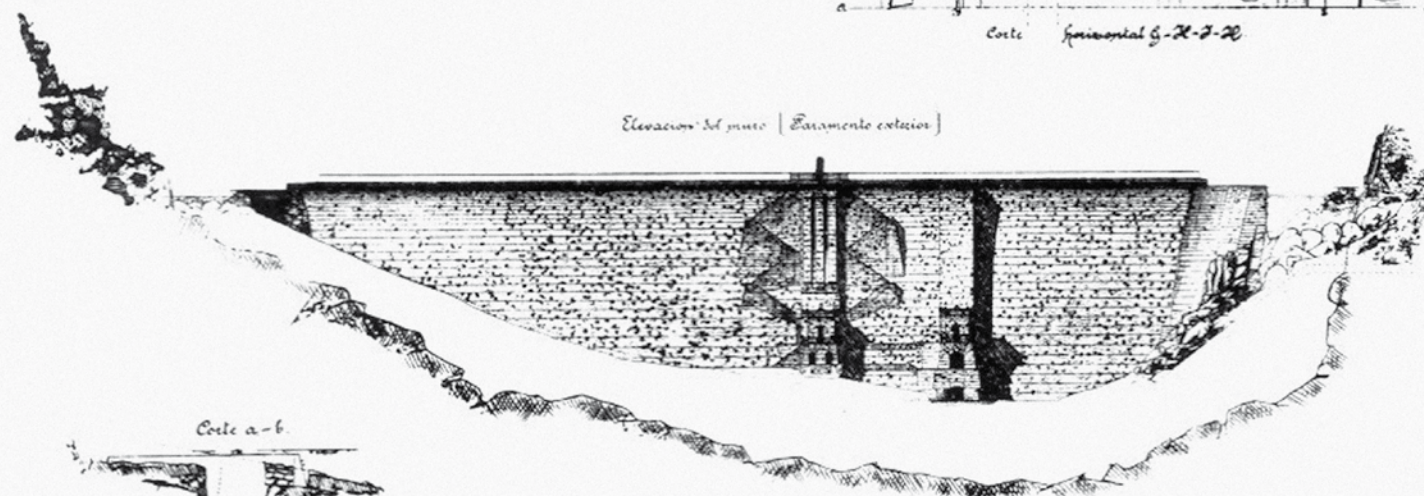
El primer servicio de la presa a la población se hizo gracias a una tubería que culminaba en un tanque elevado en la parte trasera del mercado Juárez y la llamada *matanza* (el rastro de la ciudad) en lo que tiempo después sería el Centro Escolar Morelos y la Cancha Morelos (hoy convertida en un estacionamiento público, entre las calles de Uresti y Ocampo).

La primera concesión a la *Compañía Anónima de Aguas* era muy ventajosa para ella, pero en 1900 el entonces gobernador Blas Escontría (que era aún socio de aquella) limitó sus privilegios. Se eliminó la clausula de perpetuidad en la explotación del agua y se le exigió a la empresa abasto mínimo y gratuito tanto para la población como para

Planta y Elevación del muro. sus Detalles, Computos etc., Vaseaquero
y Vase de la Pica.



Elevación del muro [Entramado exterior]

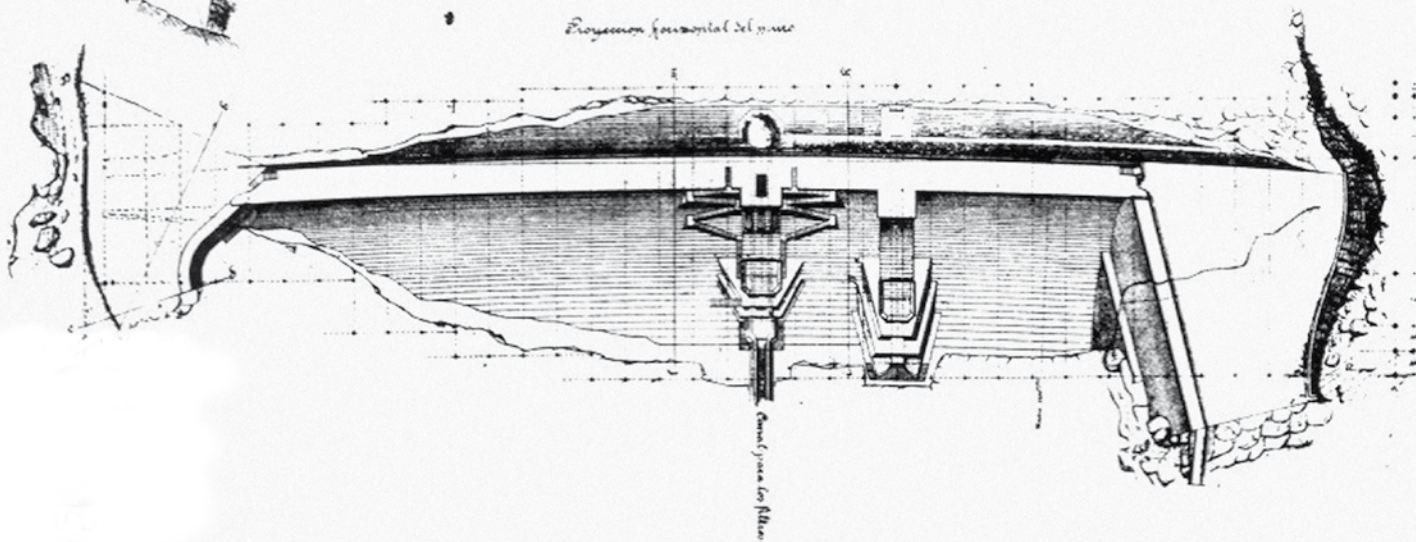


Corte c-d

Corte e-f

Proyección horizontal del muro

Corte g-h



el riego de plazas y jardines; por lo tanto -inaugurada la presa- la entrega de agua a la población fue parcialmente gratuita, exceptuando el mantenimiento de tubería para casas particulares y con la salvedad de que la *Compañía* pudo cobrar multas por mal estado de la red hidráulica e incluso suspender el servicio por malas condiciones o uso inadecuado de dicha red.

Para 1904 continuaban los problemas, el periódico *El Estandarte* publicó declaraciones alarmantes del ingeniero responsable de las obras en la Presa San José, el alemán Guillermo Reitter. Su queja era en el sentido del supuesto peligro que se corría al llenarse el vaso de la presa, pero también mencionaba (aunque de manera secundaria) la calidad del agua.

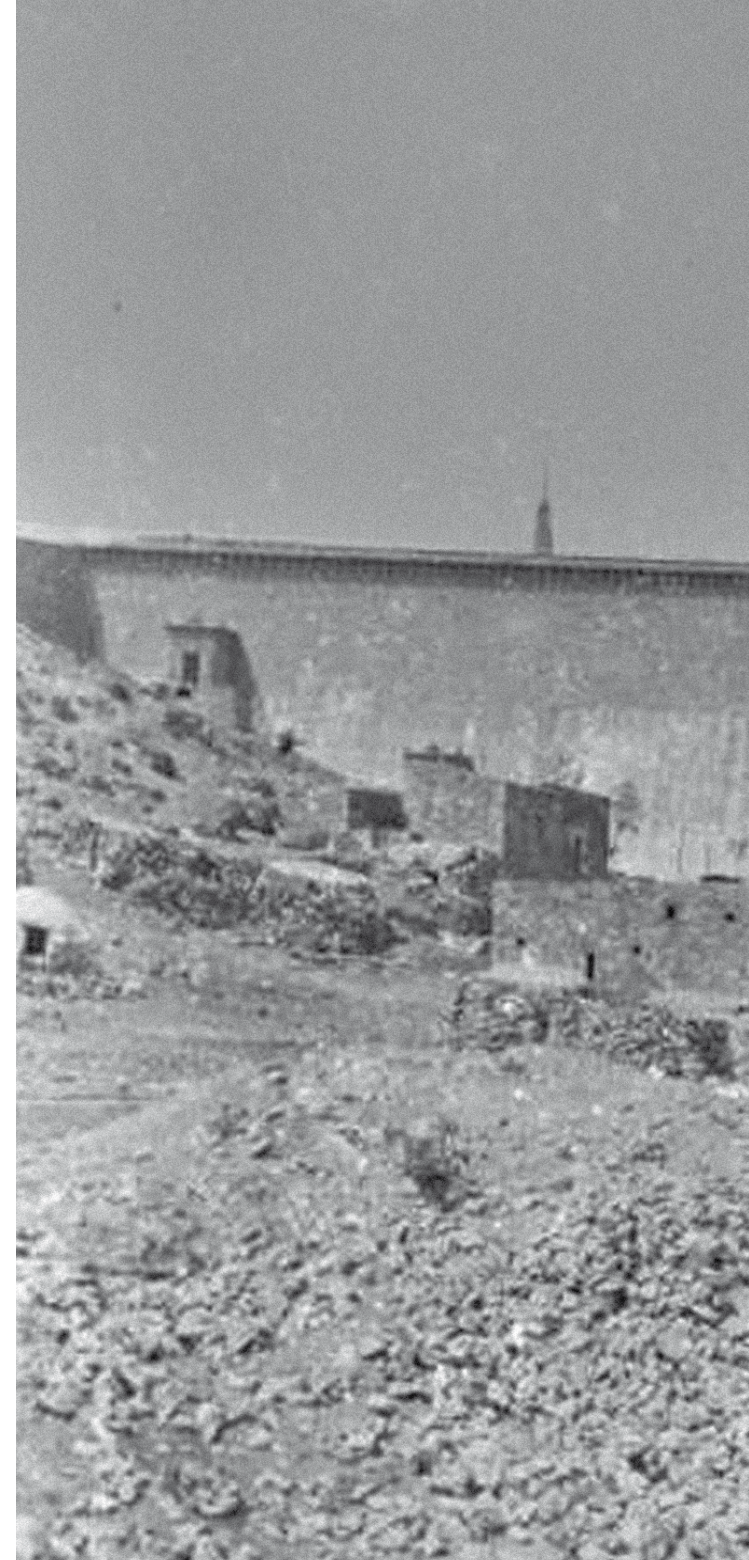
Aunque en esencia eran dos puntos para en realidad preocuparse, tras ellos había intereses: la *Compañía Anónima de Aguas* había despedido a Reitter porque éste solicitaba un costoso (e inútil) andamiaje para continuar los trabajos en la cortina de la presa. Para ello, Reitter se había ya comprometido con una empresa norteamericana y sus declaraciones estaban matizadas por el rencor y la venganza; por otra parte, el director de *El Estandarte*, Primo Feliciano Velázquez, era otro de los socios minoritarios de la *Compañía* y aprovechaba su tribuna periodística para fortalecer y garantizar su condición de accionista.

Las controversias en ese sentido continuaron largo tiempo. En 1926 se inició la construcción de Los Filtros, que fue la primera purificadora de agua en la ciudad de San Luis Potosí.

En marzo de 1932 el periódico *Acción* se dio a la tarea de informar (y alarmar) a los potosinos de la capital: “El agua contaminada ha cobrado más víctimas que el cólera”. Los pozos de la ciudad, agotados y contaminados, no eran ya una opción para el consumo de agua.

El 14 de septiembre de 1938, la *Compañía Anónima de Aguas* vendió sus instalaciones e infraestructura al gobierno provisional de Genovevo Rivas Guillén. Se incluía la Presa San José, los restos de la primitiva presa de La Constancia (reventada en 1933, lo que ahora se conoce como *contrapresa*) la planta de Los Filtros, aparatos medidores y el equipo del departamento de obras.

Eran otros tiempos, la Revolución había acabado con los negocios de la oligarquía, el poder de unos cuantos. Entre 1943 y 1949 se inició y concluyó la presa de El Peaje y se continuó con represas que de manera importante se proyectaron no tanto para almacenar agua de lluvia, sino para contenerla y evitar inundaciones en la ciudad: la Cañada del Lobo y El Potosino.



Cortina de la Presa San José,
inaugurada en 1903



La Fonja de Pedroza



Era angustiante la falta de agua, tanto para el consumo humano como para la agricultura. La conclusión del proyecto de la Presa San José despertaba no solamente expectativas de crecimiento para la sociedad en general, también abría nuevos escenarios en un tema hasta entonces poco atendido: la higiene y la calidad del agua.

El 29 de noviembre de 1983, el doctor José Encarnación Monjarás, uno de los primeros químicos potosinos que trataron el asunto de forma científica y entonces jefe de la Inspección de Salubridad Pública del Estado ordenó que lo siguiente se publicara en el número 67 del Periódico Oficial: “Siendo muchas las casas de esta capital, cuyos escusados (sic) no tienen comunicación con el albañal de la calle, esta Inspección cree conveniente se establezca un servicio especial destinado a sacar todas las inmundicias de dichas casas, para arrojarlas fuera de la población en el lugar que fuere designado para ello. Lo que me tomo la libertad de proponer

respetuosamente a esa Superioridad para que el gobierno de su digno cargo tenga a bien determinar lo (que) más conveniente juzgue.-Protesto a usted, etc.- Libertad y Constitución.- San Luis Potosí, enero 28 de 1893.- J. E. Monjarás”.

Sin embargo, para 1898 el muro de la cortina llevaba una alzada de alrededor de 5 metros de los 30 proyectados por el ingeniero hidráulico Guillermo Reitter (en otros documentos aparece indistintamente como *Reiter*) pero la carencia de trabajadores sólo permitió llegar a los 16 metros de altura en 1900 y en 1901, los 19 metros. La meta se alcanzó en septiembre de 1903.

La fonja de Pedroza

Entusiasmados por lo que consideraban un hecho, en octubre de 1902 los particulares Arnulfo Pedroza y Mariano Taboada solicitaron el permiso correspondiente para la construcción de un canal que -por su complejidad y en su momento- habría de convertirse en una de las más importantes obras civiles en materia hidráulica: *la fonja de Pedroza*.

Para conocer la extensión de esta obra -tendida desde la hacienda de *La Tenería* hasta la *Fracción Tercera*- se reproduce aquí el documento: Muy respetable ayuntamiento de esta capital. Arnulfo Pedroza y Mariano Taboada, mayores de edad, de esta vecindad, ante esa Honorable Corporación Municipal comparecemos y decimos: que en el barrio de Tlaxcala,

jurisdicción del municipio de esta capital, poseemos separadamente en propiedad el primero y los segundos que suscriben, algunos terrenos de labor que, por virtud de las circunstancias tan desfavorables a la agricultura, tenemos casi abandonados e incultos; pues con motivo de la falta de lluvias que especialmente en esta localidad se hace sentir por varios años seguidos, no podemos explotarlos ni nos producen a veces siquiera lo necesario para el pago de las contribuciones, resultando así que tenemos un capital muerto e improductivo, el invertido en esos terrenos, y que si lo conservamos ha sido únicamente por la esperanza de que la terminación de la Presa de San José cambiaría por completo el riego, la triste precaria condición de las pequeñas explotaciones agrícolas de los alrededores de la ciudad”.

“Hoy que está a punto de terminarse dicha obra, que hemos visto ya felizmente como un hecho práctico, no sólo para los vecinos de Tequisquiapan y Santiago, sino también para muchos de Tlaxcala el haber recibido y seguir recibiendo el inmenso beneficio de los riegos de la Presa, convirtiendo merced a ello, en tierras productivas y útiles no sólo para sus dueños, sino también para la población en general y aun para el Estado, lo que antes no era exagerado calificar de páramos, muladares y desiertos; hoy, repetimos, que ya es un hecho la conclusión de de esa mejora material importantísima, tanto tiempo anhelada y con tanta razón y justicia reclamada por este capital,

cuyo porvenir e importante papel entre las demás del país, por este solo hecho, queda ya asegurado. No podemos menos los suscritos, como todos lo hacen hoy en México, seguir a impulsos de la benéfica sombra de la Paz, el camino del trabajo y del adelanto”.

“Deseamos aprovechar en la pequeña parte que nos toca, el gran bien que para San Luis trae la Presa de San José: hemos proyectado la construcción de un canal de riego para llevar agua de aquella a nuestros terrenos dichos y deseamos obtener al efecto previamente la respectiva autorización de ese muy ilustre Ayuntamiento, en cuanto depende de él y es justo que se nos otorgue, si como es de notarse no perjudicamos con ello los intereses de la ciudad ni de sus habitantes”.

“Según es de verse por el plano del croquis adjunto, y después de haber hecho por bastante tiempo los estudios necesarios para la mejor colocación del canal, éste debe partir de La Tenería en su punto inmediato y siguiente a la primera ‘llave’; de allí entra y sigue paralelo en una parte de su trayecto por la calle del tranvía de Morales, hasta el cambio; sigue después atravesando diagonalmente varios terrenos de propietarios particulares (con quienes deberemos arreglar el establecimiento de la servidumbre legal de aguas que en el caso corresponda) pasa perpendicularmente por las calles de Tequisquiapan y Santiago, nombradas del ‘Árbol Pachón’; de ‘García

Diego'; de 'Zacatecas'; del 'Membrillo' y de la 'Mejorana', hasta cruzar por el río Santiago al lado norte, por medio de un puente de mampostería que al efecto construiremos en el punto llamado 'Río Nuevo'; sigue después atravesando por otros terrenos de particulares, cruzando los caminos del 'Desierto', de 'Pinos', el 'Borreguero', ; el ferrocarril de la Metalúrgica, el camino del 'Saucito', el de 'Bocas' y el de 'Peñasco'. En todos estos y en las calles antedichas por medio de sus respectivos puentes de madera o mampostería, para no perjudicar el libre tránsito, pues ante todo hemos procurado no invadir o estorbar las vías públicas, sino es tomando lo estrictamente necesario en ellas y en sus cruzamientos dejar un paso cómo a los transeúntes".

"Nuestro canal en proyecto, que llevará el nombre de 'Tercera', en atención a que se dirige a la fracción de este nombre en Tlaxcala, tendrá la profundidad conveniente a fin de evitar derrames o inundaciones perjudiciales en las calles y caminos, procurando antes bien recoger en él las aguas de las lluvias y en los cruzamientos en otros canales o fonjas ya establecidas, se construirán también los puentes necesarios para no impedir los cursos de ellas".

"Estas son las condiciones en que hemos creído deber emprender la obra que proyectamos y como en esa forma no acarreamos perjuicios a nadie en general, ni a los habitantes ni a la ciudad, esperamos que, previos el reconocimiento

de lugares y demás trámites conducentes, se dignará esa honorable Corporación Municipal concedernos la autorización que muy respetuosamente le pedimos para construir y usar en nuestros regadíos el canal ya mencionado. Protestamos lo necesario, etcétera.- Arnulfo Pedroza (rúbrica).- Mariano B. Taboada (rúbrica).- José Taboada (rúbrica).- San Luis Potosí, 16 de octubre de 1902.- A la Comisión de Obra Pública.- Enrique Milán, secretario (rúbrica)".

Y ¿qué rayos es una fonja?

La de Pedroza no es la primera obra de esta clase en el San Luis de principios del siglo XX, pero sí la más extensa en longitud. Las *fonjas*, que no son otra que canales conductores de agua el uso agrícola proliferaron con ese nombre coincidentemente con la llegada de ingenieros ingleses y alemanes que se ofrecían en la ciudad para la perforación de pozos.

La palabra -que no existe en el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua y que, salvo alguna evidencia en contra, parece ser un auténtico potosinismo- proviene del germánico *fange*, contenedor, presa, represa. No hay que olvidar que, por ejemplo, Guillermo (Wilhelm) Reitter era originario de Stuttgart, Alemania y se había vecindado en esta ciudad desde aproximadamente 1865, como asegura el historiador José Francisco Pedroza Montes en su *Compendio de historia de la ciudad de San Luis Potosí* (1994).



Fonja de Pedroza sobre el Río Santiago



Como sea, de 1902 a 1952 la Fonja de Pedroza estuvo en uso hasta convertirse en un paso peatonal que aún hoy se tiende por encima de lo que fue el río Santiago y es hoy el bulevar del mismo nombre.

La primera red hidráulica

La preocupación del doctor Monjarás seguía ahí. A pesar de que la Presa San José se encontraba ya en plenas funciones, la ausencia de una pileta que filtrara y saneara el agua proveniente del vaso de la presa mantenía pendiente la solución de este problema.

El abasto para el consumo humano hasta el momento lo seguían dando las fuentes públicas que surtía el sistema de la Caja del Aguay la Cañada del Lobo (de paso; el agua de mayor pureza química, de acuerdo a los estudios del médico Monjarás y surtía básicamente a San Juan de Guadalupe, San Miguelito y San Sebastián) además de los propios pozos que gracias al sistema de norias existía prácticamente en cada finca.

El conflicto sanitario era que dichos pozos contenían demasiados minerales calcáreos y, por su escasa profundidad, se habían contaminado con abundante materia fecal

proveniente de las letrinas que en cada se construían para el desahogo de esa necesidad.

En 1901 el gobierno concedió un permiso a la empresa *Fogarty & Dickinson* la perforación de un pozo profundo (el primero de la ciudad, luego de que otros ingenieros fracasaron en ello) que estuvo en frente a la iglesia del Carmen, donde ya existía con anterioridad una fuente para el consumo público. La concesión se extendió a otro pozo en la llamada *Plaza Liñán* (en la esquina de las hoy calles de Independencia y Melchor Ocampo, frente a la casa del doctor ya citado, donde desde 1961 estuvo la *Maternidad Monjarás*, cerca de la plaza de Aranzazú). Esto no aseguraba la pureza del agua, la contaminación de los mantos era una constante.

En 1905 el ayuntamiento que presidía el alcalde Rafael Rodríguez contrató al ingeniero alemán Guillermo Reitter para tender el proyecto de los albañales de la ciudad y los detalles de su conexión con las entradas de los conductos a las casas particulares, los de la lluvia en las calles inmediatas a las viviendas y otros detalles técnicos. Esto, de acuerdo al número 81 del Periódico Oficial del Estado del 31 de diciembre de 1904.



2 mil 500 pesos de esos años fue el pago por los servicios de Reitter, que marco con *cotas* los niveles del drenaje y alcantarillado citado. Dichos objetos son una especie de alcayatas de hierro que existen aún en el edificio de las Cajas Reales, junto a la puerta de acceso y, entre otros, uno en la sacristía de la catedral. Se colocaron en 1906 para normar los trabajos de dicha obra de drenaje y equivocadamente algunos piensan que se trata de la marca del nivel de agua que alcanzó la trágica inundación de la madrugada del 15 de septiembre de 1933.

Las obras de Reitter se centraron en la antigua *Corriente* (hoy Reforma) y se inauguraron en 1907. No obstante ser la primera red de drenaje en la ciudad tendida con un método científico, el crecimiento de la urbe la hizo obsoleta. En 1945 el gobernador Gonzalo N. Santos ordenó renovar el sistema de tuberías de la ciudad y en 1947 concluyó la pavimentación de la legendaria *Zanja* o *Corriente*, que en 1688 se abrió para contener las avenidas de agua que se echaban sobre la ciudad cuando la lluvia era abundante.

En 1997 el gobierno de Horacio Sánchez Unzueta inició la obra del Colector Pluvial Reforma, aunque la antigua infraestructura hidráulica de la ciudad estaba evidentemente rebasada por el tiempo, el uso y el crecimiento urbano.

Al fondo, a la derecha



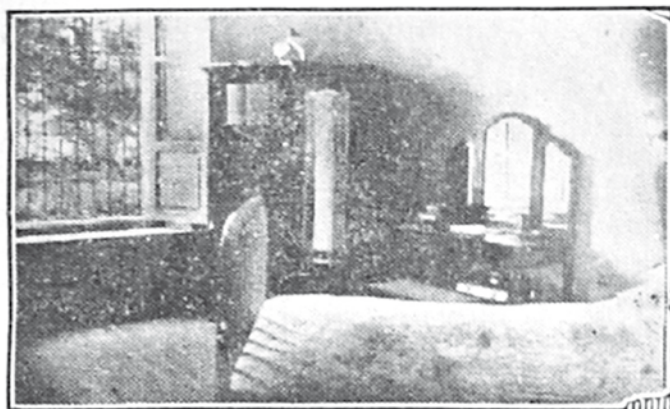
Francisco M. Coghlan

Indica el historiador Francisco Pedroza que “entre los años de 1822 a 1843 sólo se habían construido en algunas calles del centro de la ciudad los que se llamaban ‘caños maestros’, que eran zanjas estrechas cubiertas de losas de cantera que conducían sus desagües hasta La Corriente, que era un gran arco que abrazaba la ciudad al poniente y norte y, en el extremo noreste, por zonas despobladas, las aguas negras llegaban hasta el río de Santiago”.

Dichas losas se llamaban *alcantarillas*, que en su más estricto sentido significaban *puentecitos*. Diminutivo del árabe *al-kantar*, el puente.

Hacia 1850 -sigue el historiador- el servicio de drenaje no se había atendido, (por lo que la generalidad de la población que vivía en casas alejadas de la ciudad sólo contaban con *excusados de pozo*) que, por lugar común se encontraban “al fondo (de las amplias casas antiguas) a la derecha”, alejadas de las habitaciones porque se trataban regularmente de meras fosas tapadas con una tabla.

Por lo demás; los residuos orinales se lanzaban a la calle, sin otra advertencia que el grito de “¡agua va!” y que hasta nuestros días se conserva en el lenguaje coloquial, transformada aquella frase en el “¡aguas!” que es ahora señal de alerta para cualquier situación de peligro. El riesgo no era solamente quedar empapado de aquellas *aguas renales* que se acumulaban por la noche en las legendarias *bacinicas*, *nicas*, *porcelanas*, *borcelanas* o *tazas de noche*, aquella costumbre también era un peligro para la salud pública.



“HOTEL NACIONAL”

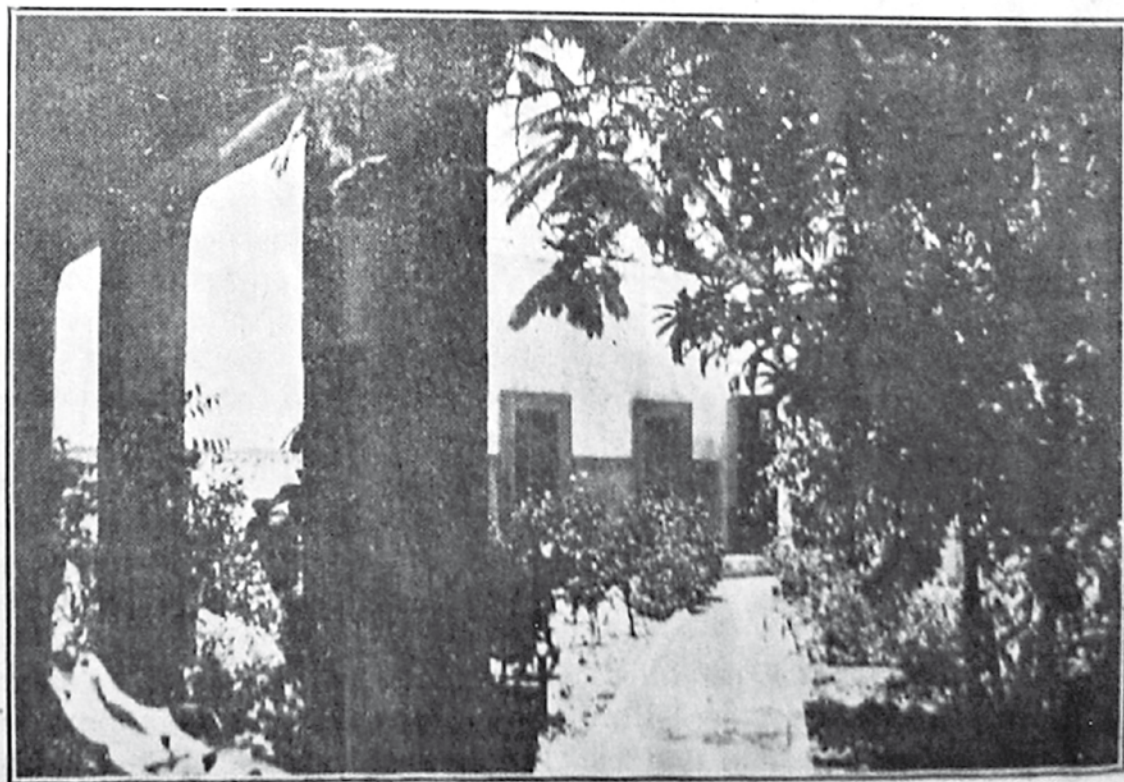
Cuenta con modernos e higiénicos

Departamentos de Baños

Cuartos Elegantes,
con muebles últimos Estilos

Cirilo Villegas

Lado Norte de la
Alameda



Más allá de lo pintoresco, el tema era ya una preocupación plasmada en el Bando de Policía y Buen Gobierno que en 1790 hizo público el intendente Bruno Díaz de Salcedo. Las calles eran peligrosas no solamente por la abundancia de malvivientes, sino también por la suciedad que gravitaba en el aire; dentro y fuera de las casas.

A dos fuegos estaban los habitantes y los primeros estudios sanitarios de finales del siglo XIX ya indicaban la directa relación entre la presencia de enfermedades epidémicas como el tifo y el cólera, la mala calidad del agua y la presencia de heces fecales humanas y animales en los pozos superficiales (la mayoría no tenía sino cinco metros de profundidad) y las fuentes públicas.

Un inglés que se fue al baño

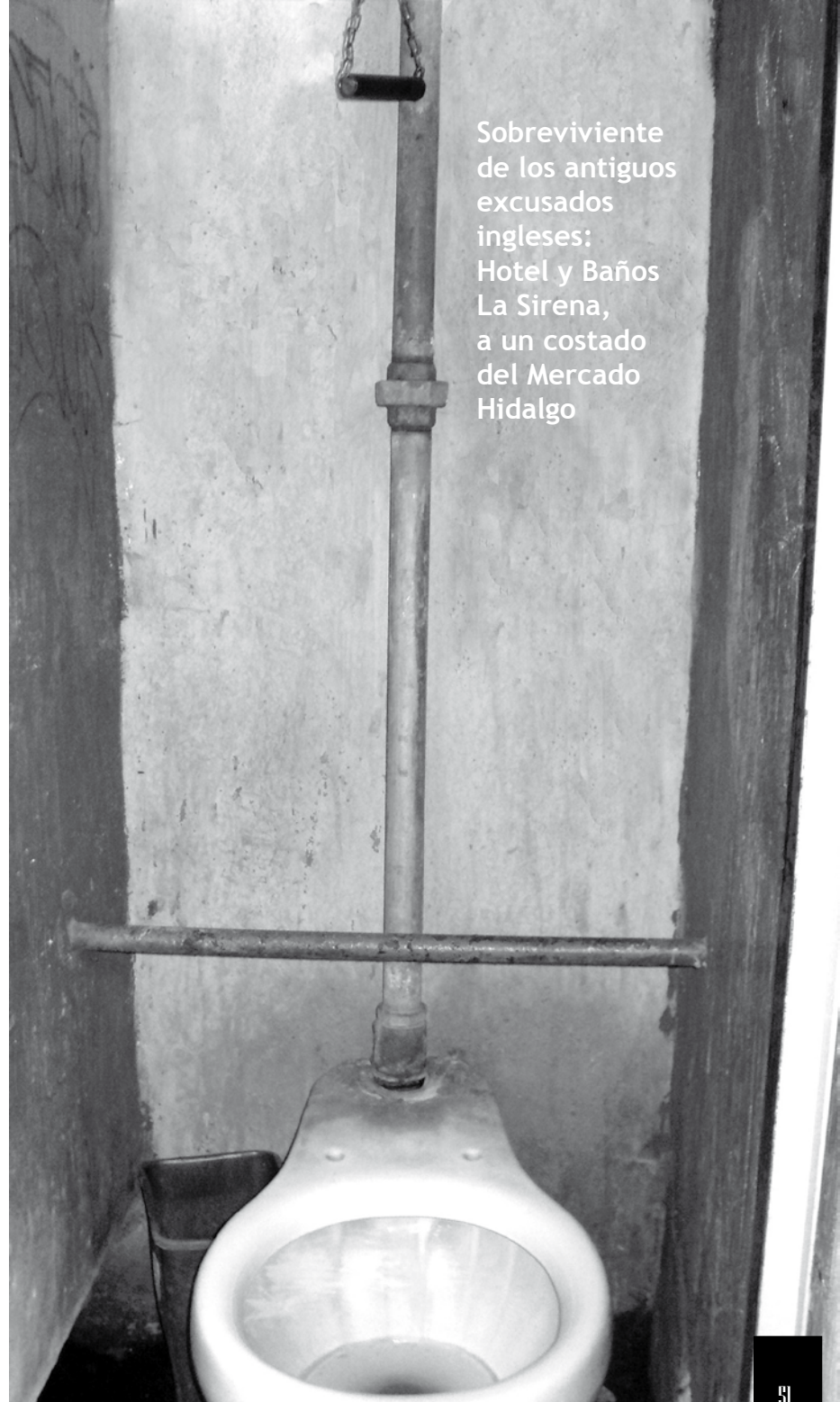
Hasta 1905 era impensable que los desechos corporales pudieran estar en tan incómoda cercanía con las personas, la ideal del *excusado* era precisamente pedir discretas excusas para acudir al retirado baño (de ahí, la palabra catalana *retret*, retirado, retraído).

Pero aquel año el minero inglés Francisco M. Coghlan acaba de estrenar la lujosa mansión que aún hoy existe en la esquina de Carranza y Benigno Arriaga y tuvo el deseo de que en la suntuosa residencia, junto a su habitación, se instalara el servicio sanitario. Fue este el primer excusado moderno de una ciudad que ni siquiera conocía semejante artefacto, que hubo de ser importado por los hermanos Deutz en los Estados Unidos. La empresa (que aún existe, ahora especializada en maquinaria agrícola) debió además contratar a plomeros especializados que vinieron específicamente desde la ciudad de Galveston, Texas.

Semejante ocurrencia causó gran revuelo y censura entre la sociedad potosina de entonces que no tardó mucho en adoptar la que un principio pareció una chifladura de un gringo excéntrico que no sabía qué hacer con el enorme capital amasado en los minerales de Real de Catorce

Hotel El Nacional, de Cirilo Villegas en 1926 anunciaba como novedad que contaba “con modernos e higiénicos departamentos de baños”.

Sobreviviente de los antiguos excusados ingleses: Hotel y Baños La Sirena, a un costado del Mercado Hidalgo



Aguas de aquellos charcos



Actividad transformada por los modernos centros y clubes deportivos, la natación o el simple hecho de bañarse en pilas fue parte de la vida cotidiana de los potosinos de los años 40 y la primera mitad de la década de los 90.

En los 30 fue célebre la alberca del Tívoli de San Francisco, un centro recreativo que además de pileta para nadar contaba con pista de patinaje sobre ruedas y salón de baile. Aquel Tívoli se convirtió en departamentos y en la actualidad, prácticamente en ruinas, se transformó

en estacionamiento público. La fachada es un mero cascarrón que sobrevive penosamente en la calle de Galeana, cercano al periódico Pulso y frente al Museo de Historia Regional.

También por esos años fue famosa la llamada *Pila del Italiano*, de Emilio Ressa, que estuvo en la conocida como *Huerta Colorada*, extenso terreno que desapareció cuando comenzó la zona comenzó a urbanizarse y se construyó la colonia *Alamitos*, ubicada entre Santos Degollado y la avenida Mariano Jiménez.

Hacia el sur se llegaba a los legendarios *Charcos de Santa Anna* (hoy la zona del viejo estadio Plan de San Luis) una depresión de terreno donde en tiempo de lluvia escurrían las aguas de La Tenería (hoy Parque Tangamanga) y que a pesar del tiempo sigue inundándose cuando la temporada de lluvias se abate sobre la

zona. Cuentan los viejos que ahí era uno de los lugares favoritos de los muchachos y paraje natural para los días de campo.

Cuando a mediados de los 70 se abrió la avenida Mariano Jiménez hasta el punto en donde hoy se encuentra el monumento de este héroe de la Independencia,



Alberca tras el Santuario de Guadalupe, año 50

desapareció la *Pila* de don Pepe, otro balneario popular que era la antesala de las lagunas naturales que se formaban en La Tenería, el ahora llamado *Lago Mayor de Tangamanga y la Laguna de Chale*, a espaldas de dicho parque y las faldas del cerro La Cardona.

La antigua Tenería era el punto favorito de las familias los fines de semana, pero las aguas que bajaban de la Cañada del Lobo formaban otros atractivos naturales para el esparcimiento; también *Los Arquitos* gozaban de popularidad. Se trataba de un canal que formó parte de la obra de ingeniería hidráulica que se tendió para abastecer de agua a los potosinos y que en 1832 se inauguró con el remate del símbolo de la ciudad: la Caja del Agua. Algo de estos *Arquitos* se conserva en la prolongación de la calle 5 de mayo.

Los *Llanos de Panzacola* que se extendían por lo que ahora es la colonia El Paseo, fueron otro paraje que hacía las delicias de bañistas y amantes de los días de campo. Hasta esa zona se vertían las aguas que arrastraba la Corriente de San Miguelito, otra vertiente que se formaba con los derrames de los Charcos de Santa Anna, corrían por la calle de Miguel Barragán, cruzaba la Calzada de Guadalupe, pasaba por Arenal (hoy, Morelos), nutría a la Alameda, seguía por Avenida Universidad y concluía por la vieja central camionera.

La alberca de Don Ramón

Funcionó hasta 1995 y fue quizá la última pila o alberca de su género, abierta al público en general y prácticamente gratuita. Ubicada en la colonia Ferrocarrilera, en el barrio del Montecillo, era famosa la alberca de Ramón Gómez. Este personaje era una celebridad, impartía clases de natación gratuitas para los niños de escuelas públicas. En su alberca se formaron nadadores que llegaron a tener destacadas intervenciones en competencias nacionales. Infinidad de jóve-

nes hicieron sus primeros chapuzones en aquella alberca y de Don Ramón recibieron sus sabios consejos. Por lo menos dos de ellos llegaron a ser gobernadores y otro rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí: Florencio Salazar, Fernando Silva Nieto y Roberto Leyva Torres.

Don Ramón nació en 1905, en esta ciudad, y falleció –en la capital potosina, también– en 1980. Su activo trabajo con niños y jóvenes lo llevó a ser promotor de la educación física para el Gobierno del Estado y la Uaslp lo nombró promotor deportivo. Su filantropía le ganó la distinción post mortem de que una calle de aquella colonia llevara su nombre.

Los gambusinos del agua

Pozos profundos

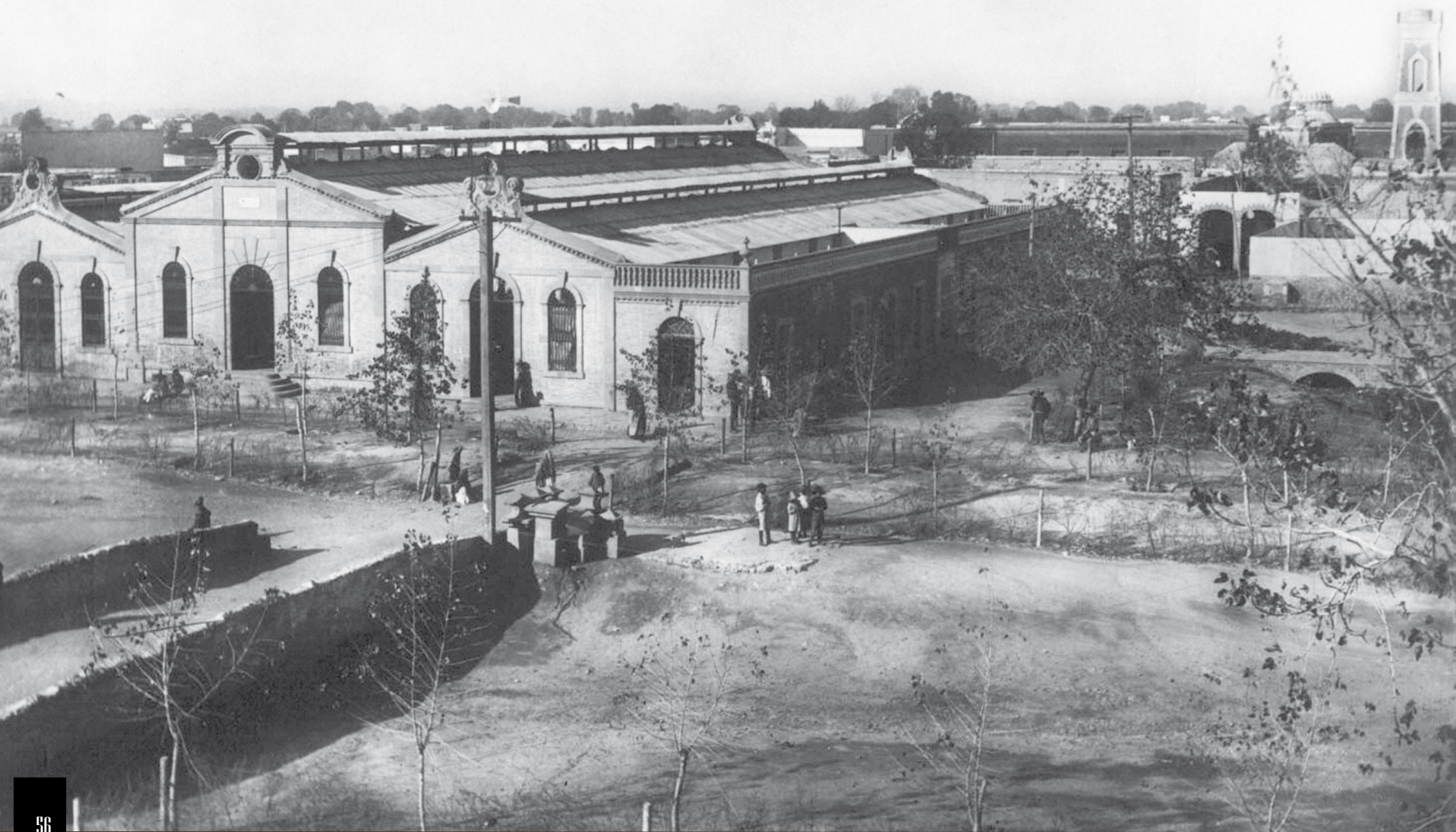


“Agua. Descubrimiento de manantiales con toda certeza a cualquier profundidad. Consulte con el Sr. Alejandro Costera. Hotel del Progreso. Cuarto número. 18”. Anuncios como este (en el periódico *El Estandarte*, 22 de mayo de 1894) se multiplicaban. Ese año en que se formaba la *Compañía Anónima de Aguas*, los pozos se habían agotado. La sequía golpeaba a la ciudad y las fuentes de uso común (ubicadas en los siete barrios y en cada plaza pública) eran motivo de disputa entre los aguadores. El mismo diario *El Estandarte* (ahora en su edición del 25 de diciembre de 1895) publicaba la siguiente nota, que da una idea precisa de las condiciones que prevalecían en cuanto al abasto de agua:

“Ayer varios pobres recogían agua de la que se derrama de la Planta Eléctrica cuando vacía los barriles que compra para surtir sus calderas. Ávidos se lanzaban a los lodosos charquillos que se formaban al pie de los carretones que transportaban los barriles. Y el ayuntamiento ni suda ni se acongoja”.

Perforación de un pozo frente al intenido Damián Carmona, años 40

A la extrema derecha de la imagen, el primer pozo elevado de la ciudad, cerca de lo que fue el Mercado Juárez, 1900. El puente que se observa sobrevive en Avenida Reforma



Así de dramáticos eran esos días. El líquido era insuficiente no sólo para la población, también para el uso agrícola e industrial. Tan añejos como infructuosos eran los esfuerzos por encontrar agua en la profundidad de la tierra. En 1871 el ingeniero Camilo Bros realizó intentos por perforar un *pozo artesiano* en el centro de la ciudad, hizo lo que antes nadie en San Luis, perforaciones de hasta 200 metros de profundidad. El esfuerzo fue en vano, pero el reporte de sus trabajos al ayuntamiento capitalino sirvió para que una década después se lograra por fin aquella proeza.

Hasta entonces, los pozos más profundos no llegaban a los 50 metros de profundidad y por la superficialidad de éstos, se hallaban secos o contaminados por las emanaciones calcáreas del terreno y la filtración de las aguas negras con detritus de humanos y animales.

En 1895 Matías Hernández Soberón (fundador, junto con Felipe Muriedas, de la *Compañía Anónima de Aguas* e impulsor del último y más decidido proyecto para construir la presa) puso gratuitamente su pozo al servicio del ayuntamiento capitalino. Dicho pozo se encontraba en Tequisquiapan, trabajaba durante 12 horas continuas extrayendo agua y estaba operado “por medio de una poderosísima máquina de vapor”.

Al año siguiente, otro de los accionistas de la ya citada Compañía de Aguas,

Pozo artesiano de la empresa
Fogarty & Dickinson en la Plaza
del Carmen





Rafael Manrique de Lara (en su calidad de presidente de la Comisión de Acueductos y Paseos del Ayuntamiento) inició con éxito la perforación de pozos profundos para el abasto de agua a la población. Para lograrlo se basó en los estudios que había dejado Camilo Bros en los archivos del ayuntamiento.

No había sido en vano el esfuerzo; pero con todo y eso, el abasto de agua continuaba siendo insuficiente. No había aún servicio de tubería a los domicilios ni existía red de drenaje. Fue hasta 1902 que se tendió la primera tubería que llegaba sin embargo hasta el rastro, atrás del desaparecido Mercado Juárez (inaugurado ese año, 1902, y demolido en 1935, en el área del hoy Centro Escolar Morelos). Ahí se levantó el primer tanque elevado de la ciudad. Entre ese año y el siguiente, inaugurada ya la Presa San José en septiembre de 1903, el ingeniero alemán Guillermo Reitter (responsable de las obras de la presa) se encargó de hacer el mapa e iniciar las obras de la red hidráulica de la ciudad, todo con método científico.

También en 1902 la empresa *Fogarty & Dickinson* (con una concesión municipal de 1901) inició la perforación los dos primeros pozos de mayor profundidad, en El Carmen y San Miguelito. Dicha empresa se transformó en la *Empresa Abastecedora de Aguas*, a la que en 1942 se le retiró la concesión porque los pozos que operaba estaban ya muy contaminados y el servicio era obsoleto.

Francisco de P. Cabrera en las obras de perforación del pozo frente al internado

1890, al extremo izquierdo central de la imagen, un pozo artesiano. Nótese que aún no existía la caja del agua en la Alameda



Calzada de Guadalupe, vista de la bomba “pomona” de Cabrera, años 60





Levantando la bomba "pomona"



La red hidráulica que se estableció en 1902 también era inoperante para la década de los 40. En 1947, durante el gobierno de Gonzalo N. Santos, se inició la reconstrucción de dicha red a partir del entubamiento de la antigua Corriente (avenida Reforma) y sólo hasta 1997 (medio siglo después) el gobierno de Horacio Sánchez Unzueta renovó aquel ramal con la construcción del Colector Pluvial Reforma.

Los pozos *artesianos* o *chinos*

Poco dirá al lector promedio una definición científica de un pozo artesiano como un manantial que comunica con un acuífero cautivo estando el nivel potenciométrico por encima del manto freático. Más claro es definir su aspecto externo como una estructura metálica que sostiene un mecanismo con el cual se extrae el agua de un pozo. Se trata, en resumen, del tradicional pozo que la mayoría conoce como petrolero.

El nombre de *artesiano* le viene de la región en donde más populares se hicieron en la Europa del siglo XIX, Artois, Francia, aunque ya desde la edad media se utilizaban en manantiales de Egipto y el Medio Oriente, por lo cual también se conocieron como *pozos chinos*.

Fueron muy socorridos como el medio más efectivo para obtener agua a profundidades mayores. San Luis Potosí no fue la excepción a esta tecnología que a principios del siglo XX se fue quedando atrás.

La *Fogarty & Dickinson* (Empresa Abastecedora de Aguas) fue la última en montar esta clase de pozos, Francisco de P. Cabrera introdujo nuevas tecnologías y fue quien en lo venidero tendría más concesiones para la perforación de pozos en la ciudad. Instaló varias bombas *pomonas* (tanques elevados para la acumulación de agua) entre ellas, la que se ubicó a partir de los años 60 frente a la Escuela Industrial Militar, hoy Internado Damián Carmona.

El apellido es *viejo conocido* en las cuestiones del agua en San Luis. En 1840 Francisco de Paula Cabrera presentó al gobierno en turno un proyecto para la construcción de la Presa de la Constancia. Octaviano Cabera -ilustre ingeniero que, entre muchos otros de estilo europeo, construyó el Edificio Ipiña- tenía también interés en la perforación de pozos. Los tiempos, sin embargo, fueron secando aquellas redes hidráulicas, de amistad e intereses y los apellidos notables fueron también desapareciendo.

Calzada de Guadalupe, años 60



TOMO III



TOMO III





De la fundación de la capital potosina, en 1592, a la segunda mitad del siglo XVIII, San Luis pasó de ser un entorno abundante en ojos de agua a una ciudad con severos problemas de abasto en ese sentido.

Los “graseros” o sitios para beneficiar mineral se fueron acabando dichos ojos de agua y corrientes que circundaban el primer cuadro de la naciente urbe. De hecho, la plaza principal (hoy Plaza de Armas) era una laguna, “Los Ojos de Agua del Rey”, lo mismo que la actual Plaza de Armas y la cuadra que hoy ocupa el edificio Ipiña.

Tras la iglesia de los jesuitas (actual edificio de la Universidad e iglesia de la Compañía) otros manantiales regaban la Huerta de Patiño (rumbo a la actual Damián Carmona) y las actuales calles de Julián de los Reyes y Mier y Terán corrían un par de riachuelos que se unían a otro ojo de agua en la hoy calle de Allende, vecina a la Explanada Alhóndiga.

Por allá cortaba la ciudad la llamada “Zanja” o “Corriente”, que en tiempos de lluvia arrastraban las aguas broncas que bajaban de la Cañada del Lobo. Dicha corriente se encausó en 1688, luego de una devastadora inundación, como ya había ocurrido en 1601. En las inmediaciones de este cause y la hoy calle Hidalgo, el agua se anegaba de continuo (aunque en tiempos de lluvia abundante desembocaba hasta Soledad de los Ranchos) y por esto la gente llamó a aquel lugar el “Charco Verde”; nombre que conserva hasta nuestros días, gracias a que en dicho punto existió una “detención” o puesto de vigilancia policiaca y en 1905 (obra del ingeniero Luis Barragán) se inauguró una réplica de la Penitenciaría del Estado.

Hacia el costado de la hoy Plaza de Armas, rumbo a la actual Alameda, se formaba “La Lagunita”, al oeste, abundaban los pozos de agua en la Villa de Tequisquiapan.

Especialmente se hablaba de “La Alberca”, un pozo de agua desde donde los carmelitas llevaban agua a su convento y huerta (hoy convertida en Alameda). Desde aquella “Alberca” (que no era una piscina, como hoy pensaríamos, sino un simple pozo. Del árabe al-birk, el charco) también se surtió de agua la plaza principal de la ciudad, ahí se construyó la primera fuente.

Al sur de la ciudad se tendió la “Zanja de los Tepetates”, que desde la actual Miguel Barragán y hasta las retorcidas calles de Morelos y primero de mayo protegía aquel rumbo de la “riadas” de agua procedentes de la Cañada del Lobo y los “charcos de Santa Ana” (terrenos que hoy ocupan las colonias Himno Nacional y Alamitos).

Nada quedó de aquello, sintiéndolo eterno, los potosinos de aquellos años prefirieron beneficiar oro y plata que el futuro, los pozos se contaminaron de estiércol animal y desechos humanos y ya para el siglo XIX el reto era: tener agua.

Así en 1903 y luego de grandes proyectos y grandes fracasos, se concretó la construcción de la Presa San José. Aquello, sin embargo, no era fin de una era de escasez sino el principio de otra que aun nos mantiene en guardia: abastecer el líquido vital a una ciudad en constante crecimiento.

El agua en la piedra





La primera fuente de la ciudad, Plaza de Armas, en una fotografía de 1867.

Las fuentes potosinas

Si se erigió un obelisco en la Plaza de Armas (rodeado aquel de una estética fuente lobulada) no fue para desperdiciar el agua, sino para protegerla. La existencia de ahí de un pozo público hacía del lugar un paradero obligado de verduleras que lavaban sus productos, bebedero de caballos, burros, mulas y vagos que se divertían desparramando el agua.

Aquella construcción fue la primera fuente ornamental de la ciudad y sirvió para dignificar la plaza y evitar que el sitio continuara como chapoteadero de gente sin quehacer. El conjunto del obelisco y fuente, obra de Eduardo Tresguerras, se inauguró en 1827 para conmemorar la derrota de los españoles en su último reducto luego de haberse firmado la Independencia de México: el Castillo de San Juan de Ulúa, que mantenía las tropas de la corona española, hasta su caída en noviembre de 1825.

El agua de aquella fuente llegaba desde Tequisquiapan, precisamente de la llamada “alberca de la ciudad”, un pozo que se ubicaba en las inmediaciones del hoy jardín de “Tequis”.

Poco duró el gusto por la Columna de la Independencia y poco duró también el éxtasis por aquella fuente. En 1871 el propio gobernador Pascual M. Hernández empuñó un mazo durante la ceremonia oficial de la demolición de aquella obra de arte, que se ubicaba no en el centro de la plaza, sino hacia el sur éste de ella.

En ese lugar, en cambio, se colocó la primera piedra del monumento a Miguel Hidalgo, obra de Pedro Patiño Ixtolinque, estatua que por fin se inauguró en 1875. En 1889 el gobernador Carlos Díez Gutiérrez ordenó remover al cura Hidalgo al lugar que ahora ocupa: la Alameda.

De piedra ha de ser la caja





A la izquierda, la Caja del Agua que formó parte del sistema hidráulico proveniente de la Cañada del Lobo. Arriba, la Pila frente al Santuario, que era pieza del mismo sistema sobre la Calzada de Guadalupe.

En 1827, inaugurada la fuente y el obelisco de la Plaza de Armas, el gobernador constitucional de San Luis Potosí, Ildefonso Díaz de León, ordenó el inicio de un proyecto que a la fecha es el símbolo de esta capital: un complejo hidráulico para trasladar agua desde la Cañada del Lobo a esta ciudad, obra que concluyó en 1833, con la inauguración de la “Conservera” o “Caja del Agua”.

Con la aportación económica del humanista José María Gorriño y Arduengo, la proyección de Juan N.

Sanabria y el diseño de José María Guerrero Solache, la Caja del Agua se convirtió no sólo en una obra maestra de ingeniería, sino también en una obra de arte bordada en piedra, en esa cantera rosa tan propia de San Luis Potosí.

Las menospreciadas

La emoción estética que provoca esta pieza excepcional del neoclásico, opacó del todo a sus hermanas (obra también de Guerrero Solache). La caja del agua que se encuentra a un

costado del ahora Jardín de Niños La Paloma (en las inmediaciones del Santuario y la misma fuente redonda en la explanada del atrio de dicho templo) y “La Conchita”, a la mitad de la Calzada de Guadalupe. Las primeras se inauguraron en 1831, la segunda, posterior a la Caja del Agua, se habría inaugurado en 1834. Esto, de acuerdo al historiador Alejandro Espinosa Pitman, quien publicó el texto *Las cajas del agua* (1985, Letras Potosinas, San Luis Potosí, San Luis Potosí). Ahí, con información documental, el autor esclarece el histórico enredo sobre



Arriba, aguadores surtiéndose en la Caja del Agua. Abajo, mujeres en la fuente de La Conchita, Calzada de Guadalupe en 1890.



quién construyó la célebre “caja” y con sobrada razón lamenta el olvido en que cronistas e historiadores dejaron al resto de las obras que conforman el complejo hidráulico que inició -como ya dijimos- Ildefonso Díaz de León y que tocó inaugurar al gobernador Guadalupe de los Reyes.

Símbolo de la ciudad

Si desde un principio fue uno de los símbolos más representativos de la ciudad en el siglo XIX, en el siglo XX refrendó su naturaleza de obra distintiva en la urbanística potosina. En 1967, bajo la presidencia de Fructuoso López Rivera, la Cámara Nacional de Comercio en San Luis Potosí.

Distribuidora de agua, como corresponde a toda fuente, su exitoso diseño la convirtió en un objeto ornamental de alto valor artístico, a grado tal que en 1970 el Ayuntamiento de esta capital donó una copia a la delegación Álvaro Obregón de la ciudad de México, a petición de habitantes de la colonia San Ángel y, recientemente, en mayo de 2012, la administración municipal obsequió otra réplica de la Caja del Agua a la ciudad de Pico Rivera, California, en los Estados Unidos.

Réplica de la Caja del Agua,
en la colonia San Ángel
de la ciudad de México.



Misterio en la torre

Fuente de agua y de leyendas

1890, la hoy avenida
Universidad, esquina con
la actual Constitución.
No existía la torre de
agua frente a lo que hoy
es el cineteca Alameda.

Si historiadores como Manuel Muro o Primo Feliciano Velázquez no se ocuparon de ella, fue porque sencillamente no existía en los periodos en que escribieron sus obras. Montejano y Aguiñaga no la consideró digna de mención alguna. Y sin embargo ahí está, en la esquina sureste de la Alameda, entre Universidad y Constitución. Una torre neoclásica, de cantera, que sirvió, simple y llanamente, como toma de agua.

De dicha fuente surgió no sólo agua, sino mitos y leyendas urbanas sobre el origen de la misteriosa torre. Versiones populares que, a falta de datos concretos, buscan explicar la presencia de aquel torreón al que se le atribuye una antigüedad que no tiene y usos que nunca tuvo.

Se ha dicho de ella, entre otras cosas, que: formó parte de la huerta Carmelita antes de que el gobernador Vicente Chicoséin la expropiara para crear el paseo de la Alameda, que era parte

del sistema hidráulico de la Cañada de Lobo cuya fase final (la Caja del Agua) se inauguró en 1833. Otras historias más soñadoras hablan de esta torre como un respiradero para los imaginarios túneles que -según leyendassin sustento- conectaban los templos de la ciudad.

Fotografías anteriores a 1900 muestran sin lugar a dudas que dicho torreón no existía; en cambio sí un pequeño pozo a donde acudía la gente a surtirse de agua. La terca realidad se impone, en una acta de Cabildo, la número 13 del 18 de marzo de 1913, el ingeniero Luis E. Reyes “pide se mande recibir la fuente para la toma de agua en la Alameda”.

Ese mismo año aparece un anuncio en el itinerario trimestral de los ferrocarriles urbanos y suburbanos de la Compañía Limitada de Tranvías: “Ingeniero Luis E. Reyes y Compañía, contratistas, plomeros y electricistas, 1ª calle de la República, número 4”. El dato resulta indispensable, pues este ingeniero

Reyes ya había sido regidor “de aguas” en el ayuntamiento capitalino de 1912 y en otro documento describe la torre para la toma de agua. Es creíble que, dada la profesión de dicho regidor Reyes, su interés por la construcción de la citada torre haya sido un negocio personal.

De acuerdo al investigador Óscar G. Chávez, anticuario y especialista en temas potosinos, fue el señor Florencio Cabrera quien de su bolsillo pagó la obra que habría mandado construir el citado ingeniero Reyes.

El señor Cabrera no habría de ver la obra, pues murió antes de su colocación.

Ahora bien, de lo que no hay constancia es respecto a la fecha exacta en que se colocó lo que ahora es uno de los símbolos de la ciudad, pues durante la Revolución y después de ésta los archivos municipales fueron objeto de saqueo. La obra pública (y la civil también) se paralizaron por la incertidumbre política.





Mujer acudiendo al pozo entre la calle de Constitución y avenida Universidad, 1890.
Abajo, gente abasteciéndose de agua en el mismo punto citado.



El pozo y el gozo

Suele decirse que los carmelitas sufrieron por la falta de agua para el regadío de su extensa huerta, que después se convertiría en la Alameda. Reñían, cierto, con los habitantes del Montecillo por la posesión del agua que en tiempos de lluvia se acumulaba en “La Lagunita” (hoy jardín de Escontría) y que se desparramaba hasta los “Llanos de Panzacola” (hoy colonia El Paseo).

La verdad es que agua había, pero a profundidades inalcanzables para la tecnología del siglo VXIII, los pozos profundos comenzaron a excavar en San Luis durante el siglo XIX.

Para 1890 ya existía un pozo en la esquina de las actuales calles de Constitución y Universidad (que para entonces se llamaba “calle de Fuente”, refiriéndose a aquel pozo, precisamente) hasta donde los potosinos del rumbo llegaban con sus cántaros para surtirse.

Pozo en donde actualmente
se encuentra la torre de
agua de la Alameda, 1891.

Varias fotografías del norteamericano William Henry Jackson (fechadas en 1890) muestran la actividad en torno a dicha fuente. Las gráficas no dejan lugar a dudas: la *cajita* del agua de la Alamedano se había construido en esos días. El regocijo, el gozo estético de esa torre misteriosa, vendría muchos años después. Una placa de bronce en dicho torreón está fechada en 1932, año en que se remodeló por primera vez la Alameda.

Cabe mencionar que en dicha esquina, frente a la multicitada *cajita de agua*, hubo una fuente de piedra tosca, construida al estilo del *art déco* de los años 30. De esta clase de fuentes, idénticas, se conservan por lo menos dos: una en la pequeña explanada del mercado Camilo Arriaga (convertida actualmente en macetera) y otra, virtualmente oculta, en el jardín de Granaditas, entre las calles de Eulalio Degollado y Licenciado Quesada, cerca de Eje Vial y Reforma.



Alameda, años 20.



Av. Tomasa Estévez
San Luis Potosí, S.L.P.



Avenida Universidad,
entonces llamada Tomasa
Estévez, años 30. En la
imagen, un agente de tránsito.

La ciudad de los jardines... y las fuentes



San Francisco,
década de los 30.



Criticado y criticable en sus excesos de poder y sus constantes reelecciones en la gubernatura del estado, Carlos Díez Gutiérrez no fue sino el espejo de Porfirio Díaz y como él, junto con el autoritarismo también trajo consigo desarrollo y transformación para San Luis Potosí.

La vieja ciudad virreinal, sombría y abundante en recovecos coloniales, insalubre en muchos casos, fue cambiando su rostro. Aunque se perdieron para siempre joyas arquitectónicas del sigloXVIII, en ocasiones el aspecto urbano mejoró notablemente con el estilo clásico que imperaba, un ejemplo de ello es el Teatro de la Paz (inaugurado en 1894)

se construyó en el espacio que fuera la cárcel de hombres y antes, parte del convento de los carmelitas.

Si los templos de la ciudad son dignos de elogio arquitectónico, el conjunto urbano que los rodeaba desanimaba. Los atrios eran tristes, lóbregos, sin mérito artístico alguno. Se trataba, en esencia, de simples corrales.

Un maestro jardinero

El concepto moderno de jardín con fuente vino precisamente en la última etapa del porfirismo en San Luis Potosí. En 1902, siendo gobernador el ya citado Carlos Díez Gutiérrez, el regidor de Jardines del Ayuntamiento,

Jesús María Peralta, contrató y trajo a San Luis al jefe de Invernaderos de Chapultepec, Juan Balmes.

El experto horticultor nombró ayudante al potosino Belisario Amaya Rodríguez. Puso manos a la obra y reunió a un grupo de jardineros locales, a quienes instruyó en plantas y trasplantes, injertos y cuidado de una gran variedad de especies antes desconocidas en los paseos públicos. A cada uno de sus discípulos le adjudicó una plaza pública. Comenzó el embellecimiento de la capital potosina. Así nació el mote de “Ciudad de los Jardines” y el curioso dato lo aporta el periodista Federico Monjarás Romo, en su libro *Rostro de la ciudad* (1983, editorial *Muchas Noticias*).

Plaza de Armas,
años 30.



Maqueta de la fuente “De los Pescaditos”, que se colocó en la Plaza del Carmen en 1973. Abajo, instalación de dicha fuente, Obra de Joaquín Arias.

Apariciones y desapariciones

En la Plaza de Armas, los hermanos Biagi, italianos originarios de Carrara y expertos en mármol, construyeron las cuatro fuentes originales que apuntan a norte, sur, este y oeste de la ciudad. En los 70 se remodeló la plaza y se instalaron nuevas fuentes.

En Fundadores, convertida en plaza Benito Juárez antes de ser jardín Arista, se construyó durante el gobierno de Díez Gutiérrez un monumento al Benemérito de las Américas, abundaban los árboles y cuatro pequeñas fuentes. El gobierno de Gonzalo N. Santos (1943-1949) arrasó con el jardín y en 1970 el gobernador Antonio Rocha Cordero construyó en el centro de la plaza (además del estacionamiento subterráneo) una fuente que desapareció durante el gobierno de Gonzalo Martínez Corbalá, que en 1992 dos fuentes a los costados del pódium cívico al extremo este de la plaza. Todo con motivo de los festejos por los 400 años de la fundación de la ciudad.

La Alameda, ese espacio de tanta tradición para los potosinos, se engalanó para los festejos del primer centenario de la Independencia, que era el presagio de la Revolución. Antes de que en 1910 estallara el conflicto armado, Díez Gutiérrez ordenó la construcción del lago artificial. El remate arquitectónico fue el “Faro de la Independencia”, obsequio de las

colonias alemana, belga, francesa e italiana. La Alameda tenía entonces un aviario, “La Pajarera”. En los años 20 hubo ahí un modesto zoológico.

En 1932 se remodeló el entorno y se construyeron varias fuentes, hoy desaparecidas, la conocida popularmente como la “Musa del Agua” (extraviada en 1994 durante una huelga laboral de los alarifes que remodelaban el sitio) y la “Fuente de las Ranas”, a cuyo centro se encontraba un pedestal con un globo terráqueo recubierto con cristales que se llevó el paso del tiempo. Tenía dicha fuente una forma de estrella y en cada ángulo, una rana de bronce. Recientemente (mayo de 2012) con la transformación de la Alameda, también desapareció.

El jardín de San Juan de Dios, por 1880, tuvo una fuente de aspecto similar a la que estuvo en la Plaza de Armas hasta 1871. Cuando para construir la Escuela Modelo se demolió el viejo hospital juanino (ya para entonces convertido en aduana y rastro municipal) se erigió en su lugar un obelisco y, para las fiestas del primer centenario de la Independencia, se levantó en el mismo sitio la columna que aún existe, rematada con el águila rompiendo una cadena que simboliza la esclavitud. La dicha escuela fue obra de Octaviano Cabrera y se encontraba donde es hoy el Museo Federico Silva.



Fuente que desde los años 30 hasta
mitad de los 90 estuvo en la Alameda.
Desapareció durante una remodelación.

Los barrios

Salvo El Montecillo y quizá San Sebastián, el resto de los típicos siete barrios de la ciudad tienen o tuvieron jardín y fuente. En orden cronológico:

Tlaxcala (Asunción de la Tlaxcalilla, fundado en 1592) conserva una fuente de los años 30 del siglo XX en el jardín que dividió la calle Ponciano Arriaga, convertida en Eje Vial en 1973.



Santiago (Santiago del Río, fundado en 1592) tuvo en los años 20 del siglo XX una hermosa fuente con una garza o garceta blanca al centro. Aquel jardín llevó en ese tiempo el nombre de Manuel José Othón y hubo ahí una pequeña columna dedicada al poeta potosino.



Tequis (Nuestra Señora de los Remedios de Tequisquiapan, fundado también -se cree- en 1592) no tuvo fuente en tiempos anteriores al siglo XX; sin embargo, la zona era la más rica en agua. Tal abundancia propició que de un pozo llamado “La Alberca” (en las inmediaciones del actual jardín de Tequis) los carmelitas llevaran agua a su convento y huerta, en el siglo XVIII. El 10 de mayo de 1948, con el patrocinio del Club de Leones, se inauguró en el centro del jardín la obra de los hermanos Biagi conocida como “Monumento a la madre”, en la base de la columna había una fuente que en 1996 el arquitecto Cossío Lagarde modificó para rodearla de una fuente de cantera en forma de flor abierta y otras similares se colocaron alrededor del jardín.





San Miguelito

(Fundado en 1597 y que formó parte de San Francisco, al norte, y la Santísima Trinidad, al norte, de donde se formó el barrio de San Juan de Guadalupe) tuvo una fuente a principios del siglo XX que se demolió en la década de los 50, para ampliar la sacristía (en donde, por cierto, hubo un monumento a Cristóbal Colón).



San Cristóbal del Montecillo

(Fundado en 1597 y que formó parte de San Francisco, al norte, y la Santísima Trinidad, al norte, de donde se formó el barrio de San Juan de Guadalupe) tuvo una fuente a principios del siglo XX que se demolió en la década de los 50, para ampliar la sacristía (en donde, por cierto, hubo un monumento a Cristóbal Colón).

San Sebastián

(Fundado en 1608) no tuvo ni tiene fuente, pero sí un jardín y kiosco que, gracias a los constantes ruegos de los vecinos, se construyó en 1910.

San Juan de Guadalupe (el último de los siete barrios y tal vez por ello el más olvidado, se fundó en 1676, aunque en un principio formó parte de San Miguelito) conserva una fuente en su jardín, obra no muy antigua que data de los años 40.

Una fuente para tres milenios

Con el fin de recordar la llegada del mítico año 2000, una fundación civil eligió el cruce de Reforma, Carranza y Uresti para colocar ahí una monumental escultura y fuente de bronce que representa a tres ninfas, hijas de Zeus, sobre un globo terráqueo. Construida en bronce, llegó de la ciudad de Aguascalientes.

Bajo esta fuente se encuentra una cápsula del tiempo; es decir, una especie de baúl blindado que contiene elementos muy representativos de la sociedad del siglo XX, con la intención de que generaciones futuras conozcan a los hombres que los antecedieron, su forma de pensar y ver la vida.



En 2003 se inauguró la Plaza de las ciudades hermanas, entre la calle de Iturbide y avenida Reforma. Al centro de dicho espacio público, una fuente en forma de estrella y los nombres de varias ciudades del extranjero hermanadas con la nuestra.

La mano mojada de una ninfa

En el mismo conjunto que forma la Plaza del Milenio, rumbo a la avenida Carranza, también en el año de 2003 se inauguró otra fuente: una mujer semidesnuda, cuya mano derecha toca el agua que brota sutilmente de un discreto manantial, último recuerdo de que en la actual avenida Reforma (en 1688) se abrió una prolongada zanja que protegió a la ciudad de inundaciones que ponían a los potosinos en riesgo de perder vida y bienes materiales: La Corriente, que al paso del tiempo se fue secando y donde ya en tiempos menos caudalosos, a sus orillas se doblegaban las mujeres, en posición de reverente ofrenda a la limpieza de la ropa de sus familias. Lavanderas de mano recia que tal vez hubieran merecido un justo homenaje escultórico, en lugar de una ninfa griega que tímida, pero plácidamente, se moja una mano donde alguna vez la lluvia y las corrientes bravas mojaron no sólo las manos, sino el cuerpo entero de nuestra ciudad.

A final de cuentas, conservar el agua y hacer de la no potable un objeto de ornato es también una obra de arte inapreciable.

Obra también de Joaquín Arias, junto con la actual fuente de San Francisco y la de El Carmen, la de Aranzazú se inauguró en 1972.



Agradecimiento

Brindamos nuestro más sincero agradecimiento a todas las personas que hicieron posible la realización y culminación del presente cuadernillo de recopilación, “Por debajo del agua” por su contribución, apoyo, dedicación y esfuerzo, y a los cuales les agradecemos profundamente que hayan compartido con nosotros todo su conocimiento. Ya que aportaron información invaluable que fortalece la cultura del agua en San Luis Potosí.

El agua es esencial para la mayoría de las formas de vida conocidas por el hombre, incluida la humana, conociendo la historia a través del paso del tiempo valoraremos cada vez más el recurso hídrico y su importancia en el uso responsable de este.

Archivo Histórico del Estado “Lic. Antonio Rocha Cordero”
Eduardo López Cruz -*Cronista*

Directorio

Ing. Héctor Eduardo García Castillo
Director General de Interapas

LCC Humberto Ramos Contreras
Titular de la Unidad de Comunicación Social y
Cultura del Agua

LDG. Jessica Alejandra Valenzuela Montoya
Diseño Gráfico



RELATOS POR DEBAJO DEL AGUA

Este documento "Relatos, por debajo del agua", forma parte del Programa Cultura del Agua 2013, del Organismo Operador Interapas, el cual tiene la finalidad de concientizar a la población del uso responsable del recurso.

"Juntos valoremos el agua". Programa Cultura del Agua.